



**CALABOZO  
DEL  
ANDROIDE**

**TRANSFIGURACIONES**

vol. 5

**Editor/ Diagramación**

Sergio Alejandro Amira

**Coeditor**

Miguel Ángel López

**Portada**

Arcee por Don Figueroa

**Colaboran en esta edición**

Federico Hernán Bravo

Gabriel Álvarez

Cifras, cifras, cifras. Llega un momento en que es bueno recurrir a las estadísticas. Claro, al ser matemático, podrían pensar algunos, este tipo las defenderá, pero déjenme decir algo: odio la estadística. Siempre la odié y nunca pude entenderla del todo bien, de modo que en este sentido soy como el más común de los mortales.

En el fondo las estadísticas son algo inexacto, no porque no sean precisas, sino porque muchas veces están sesgadas o no arrojan luz sobre sus conclusiones.

De modo que a esto, más que una estadística, vamos a llamarlo un 'esto es lo que hay hasta ahora'. A ver si así, además, animamos a la gente a que nos mande nuevas ideas que no vean reflejadas en estos datos (ya no vale la excusa de 'es que no sé si ya salió un relato narrado por Alpha Trion').

Cinco números de Transfiguraciones. Eso hace un total de veinticinco relatos publicados hasta la fecha. Bastantes teniendo en cuenta la restricción del tema. Cuatro veces más números y se llegaría al centenar. Un centenar. De repente no suena tan lejano ni tan imposible.

De esos veinticinco relatos, trece de ellos poseen un protagonista Autobot, mientras que diez de ellos poseen un protagonista Decepticon. Los dos restantes tienen el protagonismo compartido por ambos bandos. Lo cierto es que este resultado me pareció bastante sorprendente. Si hubiera tenido que apostar por ello, hubiera dicho que los Decepticons hubieran ganado por goleada. Pero no es así, cosas misteriosas de la vida. Parece ser que, a pesar de la atracción que los Decepticons ejercen, los Autobots siguen dominando la escena. Otra cosa a reseñar es que uno de esos protagonistas Autobots es un Maximal, aunque lo he encuadrado en el mismo bando.

Pero no adelantemos el siguiente dato. Los protagonistas Autobots han sido, por orden de aparición, Hot Rod, Bumblebee, Perceptor, Metroplex, Blurr, Mirage, Skyfire,

Alpha Trion, Powerglide, Cheetor, Wreck-Gar, Arcee y Ratchet. ¿No notan algo peculiar? ¡Sí! ¡Optimus Prime no ha sido protagonista de ningún relato! Ha compartido protagonismo con Megatron en uno de ellos, pero nunca en solitario, cosa que Megatron sí ha hecho incluso en dos ocasiones, como veremos ahora mismo. Eso no deja de resultar llamativo. Parece como si los autores quisieran eludir al icono central de la serie y narrar sus propias versiones de la historia, o su propio capítulo oculto y desconocido.

No deja de ser notable también la ausencia de otros mitos de la serie como Grimlock, Ultra Magnus ú Omega Supreme (la enorme ciudad de Metroplex tuvo sus cinco minutos de gloria, ¿por qué no iba a poder tenerlos el gigante que se transforma en nave espacial?)

Los protagonistas Decepticons, de nuevo por orden de aparición, han sido Shockwave, Megatron (dos veces), Dead End, Skywarp, Galvatron, Soundwave, Cyclonus, Onslaught y Liokaiser. De nuevo otro dato curioso, un personaje que es adorado por todos los seguidores de esta serie y que sin embargo carece de relato propio: Starscream. Otras ausencias, que podrían arrojar interesantes resultados, son Astrotrain, Blitzwing (un personaje, a mi juicio, que posee muchísimo interés) o Scourge. Al fin y al cabo, si Ramjet ha sido protagonista de uno de los comics de IDW, puede serlo casi cualquiera, incluso los Insecticons.

Y ya puestos, ¿acaso no puede haber personajes de otras de las series? ¿Acaso no es un personaje extremadamente atrayente el Scourge de Robots in Disguise? ¿Acaso Sideways de Transformers: Armada no era de lo mejor de la serie, y todo el mundo quería verle aparecer más y más? ¿Y qué hay de Unicron? ¿O de Primus? Lord Straxus, uno de los personajes más interesantes de los comics, sería también una excelente elección. O ya puestos a viajar a Japón, Star Saber o Lio Convoy. O quizás ese majestuoso líder Autobot del que tan poco pudimos conocer y que respondía al nombre de Dai Atlas.

O —¿por qué no?— algunos de los nuevos personajes de la película, como Barricade o Bonecrusher.

Las posibilidades, como ven, están lejos de agotarse. Pero pasemos al siguiente dato.

Dos de los relatos están ubicados en el Universo de Beast Wars o aluden a él. Otros dos relatos aluden a la serie de Transformers: Victory, uno se basa en la OVA Transformers: Zone y dos más realizan menciones a los comics anglosajones. Pero el universo que resulta ser el ganador indiscutible es el de la serie original o G1, como es más conocida, con veintitrés relatos, catorce que aluden a las temporadas previas a la película de animación y los nueve restantes que aluden a la película o a la temporada posterior. No deja de ser también llamativo, sobre todo teniendo en cuenta lo muy

odiada que fue siempre esta temporada. Sin embargo, eso es lo bueno, que al no ser querida, se desea hablar de ella para cambiarla. Cuando estudiaba arquitectura me decían que Madrid era una gran ciudad para aprender esa carrera, ya que podía ser mejorada en muchos aspectos, mientras que Barcelona no lo era, ya que en muchos sentidos estaba muy cuidada arquitectónicamente hablando. Algo así ocurre con los episodios de la serie original que tenían a Rodimus Prime y a Galvatron como buques insignia de sus respectivos bandos.

En total, diez autores han escrito relatos para Transfiguraciones (entre paréntesis el número de relatos): Francisco Ortega (1), Teobaldo Mercado (2), Rafael Cheuquelaf (1), Miguel Ángel López Muñoz (7), Sergio Alejandro Amira (8), Miguel Vargas (1), Pablo Castro (1), Omar Vega (1), Federico Hernán Bravo (2), Gabriel Álvarez (1). No hay sorpresas en este caso. Los que más relatos han aportado han sido los impulsores iniciales del proyecto, Sergio Amira y un servidor.

Trece de los relatos podrían ser 'encajados' dentro de la trama argumental de la serie sin que hubiera ninguna contradicción con la misma. Sin embargo, como ocurre con las leyendas mitológicas, once relatos ofrecerían elementos contradictorios: nueve de ellos por mostrar posibles futuros hipotéticos, tanto apocalípticos como esperanzadores, y dos por hablar de futuros alternativos que pudieron ser pero no son, lo que se conoce en ciencia ficción como ucronías.

En cuanto a curiosidades, hemos publicado una ingeniosa entrevista a Hot Rod, un poema (sí, un poema, en prosa pero un poema), un crossover con la serie de G.I. Joe, un relato que homenajeaba de manera clara y magistral al escritor de ciencia ficción Clifford Simak, y otro que mostraba el origen secreto del querido personaje de Soundwave. Algunos de estos relatos han estado entre los que más han llamado la atención a los lectores. Pero habría que incluir muchos otros. Personalmente me fascinó uno en el que los Stunticons vagan a la deriva por la carreteras de un planeta Tierra sumido en un caos similar al de la película Mad Max, pero no es más que una opinión personal, y eso es lo bueno de los gustos, que no coinciden a menudo, otorgando así una necesaria pizca de variedad en el total.

Cifras, cifras, cifras. A veces tan tediosas, pero a veces, como en este caso, tan divertidas de manejar.

**Miguel Ángel López Muñoz**  
**Diciembre 2007**

# SINOPSIS

**[Los viejos guerreros nunca mueren]** En esta historia escrita por Miguel Ángel López Muñoz acompañaremos a los Combaticons, uno de los escuadrones Decepticons con un pasado más desigual, en una historia que marca su regreso activo después de cumplir una condena impuesta por los Autobots. Sin embargo, como siempre les ha ocurrido, se verán inmersos en un complot que tendrá consecuencias imprevisibles para ellos...

**[La Dama Escarlata]** Sergio Alejandro Amira nos muestra un futuro desangelado y gris en el que apenas existe el honor o la nobleza, un mundo donde la venganza es el motor que impulsa a los que viven en él. Arcee, la protagonista de esta historia, se embarcará en una persecución que llevará al límite a muchos cuando alcance su temido final.

**[Caída y renacimiento]** Federico Hernán Bravo vuelve a escribir para Transfiguraciones un nuevo relato, y en esta ocasión se centra en un momento crucial de la vida de Megatron, el momento en el dejó de ser llamado así y pasó a convertirse en Galvatron. Como no podía ser menos, el monstruoso Unicron tendrá un papel fundamental en esta historia.

**[El ejército de los Colosos]** Miguel Ángel López Muñoz, en este relato, trata de arrojar luz sobre uno de los puntos fuertes más curiosos de la OVA conocida como Transformers: Zone. ¿Cómo fue que los Decepticons más poderosos del pasado, como Devastator o Predaking, reaparecieron para el combate? ¿Y por qué se comportan como si fuera un solo ser? Conoceremos la respuesta a estas preguntas al tiempo que averiguamos cuál fue también el destino final del carismático personaje de Liokaiser.

**[El sanador]** La última historia de este número es una historia simple y sencilla, pero no por ello menos atrayente e interesante. El protagonista de este relato escrito por Gabriel Álvarez es Ratchet, uno de los Autobots más queridos por los fans de la serie. La conversación que tiene con un humano de motivaciones muy definidas aporta un toque realista al concepto de los Transformers, al tiempo que los asocia con algunas de las preocupaciones más recientes del mundo actual, como es el caso del terrorismo.

# LOS VIEJOS GUERREROS NUNCA MUEREN

La guerra te puede matar, pero vivir sin victorias, ni gloria, es morir todos los días.

*Napoleón Bonaparte*

Mi nombre es Onslaught, y mi delito fue la deserción.

Soy consciente de que no es la mejor manera de empezar a contar una historia, pero es la única que conozco. Me he pasado más de un hectovorn en la prisión Autobot del planeta Micro respondiendo sólo a dos preguntas: quién soy y cuál fue el motivo de mi encarcelamiento.

Sin embargo, no me quejo. No fue la primera vez que fui a dar con mis circuitos en una cárcel. Antes de eso estuve preso en las celdas Decepticon del planeta Cybertron, donde sólo había sido una mente sin cuerpo que la albergara, almacenada como el más inútil de los aparatos, con una desconexión casi total de todas mis funciones racionales salvo las emocionales.

Es decir, incapaz de razonar pero lo suficientemente consciente para



sentir odio y dolor por mi situación.

Después de aquello otro traidor, de mayor envergadura incluso que yo, me rescató a mí y a mi escuadrón para usarnos como fuerza de choque para efectuar un golpe de estado y echar abajo a Megatron. Tiene gracia, porque ese fue precisamente el delito por el que los Decepticons nos habían encarcelado, pero la diferencia consistía en que pretendíamos sustituirle por un consejo militar, pensando que la obsesión de Megatron con Optimus Prime y la Matriz de los Autobots era la que conducía a la armada Decepticon a la derrota. Fuimos delatados por Straxus, y así fue como se ganó el título de Lord, pero esa es otra historia.

El caso es que cuando aquel traidor de voz chillona liberó nuestras mentes buscó nuevos cuerpos para nosotros, ya que los viejos habían sido destruidos: unas primitivas máquinas creadas por una civilización de pellejudas criaturas orgánicas, pero máquinas de pelea al fin y al cabo. Después de aquello yo y los míos nos convertimos en los Combaticons, y nunca hemos dejado de serlo pasara lo que pasase.

Ni siquiera después de que fuéramos exiliados al vacío cósmico. Ni siquiera después de fracasar intentando tomar control de Cybertron. Ni siquiera después de que nos lavaran el cerebro para convertirnos en soldados sin mente. Ni siquiera después de la resurrección de Cybertron y su posterior destrucción. Ni siquiera después de Megatron, Galvatron, Scorponok, Overlord o Deszaras.

Dado nuestro honroso pasado militar y las constantes manipulaciones a las que habíamos sido sometidos, los Autobots fueron piadosos con nosotros y nos impusieron una condena relativamente corta, motivo por el cual les odio con aún más fuerza. Destruyeron una vez más nuestros cuerpos pero nos permitieron alojar sencillas carcasas civiles y nos dispersaron para que cumpliéramos condena por separado.

Dada mi condición de líder, yo fui a caer a Micro, a la prisión más segura de toda la galaxia, y mi condena fue más larga que la de mis subordinados. Para cuando salí de allí lo único que quería era ganarme malamente la vida con algún trabajo de guardaespaldas en la otra punta de la galaxia, pero sabía que eso duraría poco. La sombra de la traición siempre pulula sobre los pensamientos de un Combaticon, ya que no nos gusta tener que trabajar para los demás.

Me instalé en los bajos fondos del planeta Micro, sobreviviendo a duras penas y con el energón más crudo que uno pudiera imaginar, cuando un buen día noté que unos ojos rojos me observaban desde el fondo del callejón. El instinto de combate fue más fuerte que cualquier otro y me asomé para conocer a mi espía. Cuál fue mi sorpresa cuando vi que se trataba de un robot parecido a uno de esos asquerosos murciélagos terrestres.

—¿Ratbat? —dije, casi seguro de estar equivocándome.

La criatura voló en círculos y al poco se ocultó entre las sombras, aunque aún podía ver bien su silueta. Noté cómo se transformaba en un escudo y se alojaba en el pecho de un Transformer desconocido para mí. Salió de las sombras y le tuve cara a cara. Su color predominante era el azul, y su rostro era como un yelmo que asemejaba la forma de aquel mamífero terrestre.

—Saludos compañero. Mi nombre es Hellbat —dijo con un tonillo que no me inspiró confianza.

—¿Qué quieres de mí?

—Vamos, no te pongas así, soy de los tuyos —se señaló el pecho que hace un momento había sido un robot autónomo, en el que brillaba el escudo Decepticon.

—No me suena tu cara, ¿nos conocemos?

—Fui uno de los soldados de Deszaras, Emperador de la Destrucción, el último de los líderes Decepticon hasta ahora. Pero fuimos derrotados por Star Saber y obligados a escondernos. Yo elegí este planeta para hacerlo. No en vano, una vez traté de tomar control de sus recursos junto con un par de mercenarios.

—Espera un momento, ahora me acuerdo... Vosotros asaltasteis la prisión y soltasteis a todos los presos.

—Así es. Buscábamos a uno de los nuestros, condenado como tú a trabajar en los pozos de lava volcánicos. ¿No escapaste acaso?

—¿Para qué? ¿Para ser testigo de la derrota de los Decepticons? ¿Para acabar tirado en los pasillos metálicos de Micro, encerrado bajo la forma de esta inútil forma robótica? En el pasado fui uno de los Cinco Grandes Generales de Kaon, un genio de la estrategia y un guerrero pausado pero furioso e imparable cuando entraba en combate. Ahora no soy ni la sombra de lo que una vez fui.

—Pero esos días de gloria pueden regresar, Onslaught.

—¿Quién te ha dicho mi nombre?

—Ya te lo dije, somos del mismo bando, y tus hazañas bélicas aún eran dignas de estudio y profundo análisis en las academias de más allá del núcleo exterior. Gracias a vuestro escuadrón se comprendió que el Gestalt definitivo se obtenía cuando la mitad de los soldados pertenecían al ejército terrestre y la otra mitad a la fuerza aérea.

—Ya te lo he preguntado, y te lo repetiré una vez más. ¿Qué quieres de mí?

Hellbat se frotó las manos y pude distinguir el inequívoco brillo de la ambición en sus ojos.

—Quiero que nos hagamos un mutuo favor.

Desde el principio tuve claro que no podía fiarme de Hellbat. Saltaba a la vista que era un traidor sin escrúpulos, tal vez más taimado de lo que yo mismo había sido

jamás, ya que lejos de actuar por una cuestión de honor militar, Hellbat parecía moverse para alcanzar sólo su gloria personal. Sin embargo tenía que reconocer que el trato que me había ofrecido era interesante. Aquel sujeto —que, como supe más tarde, también había sido antiguo miembro de un escuadrón de élite Decepticon— decía que los cuerpos de los Decepticons encarcelados, y entre ellos los que habían luchado en la Tierra, aún estaban enteros, sometidos al estudio exhaustivo de los Autobots.

—¿Insinúas que en algún nicho perdido en el espacio está mi viejo cuerpo terrestre, el que me permitía convertirme en una imparable lanzadera de misiles?

—Claro que sí, ¿por qué no iba a estar?

Recuperar mi cuerpo terrestre... En su momento me había parecido chatarra oxidada, cuando lo obtuve en una isla perdida, construido con los restos de la batalla terrestre de Guadalcanal. Después de tanto tiempo en la prisión de Micro, lo había idealizado hasta pensar en él como la armadura más perfecta existente, capaz de permitirme aplastar civilizaciones enteras.

Pero antes de eso teníamos que ponernos en contacto con los otros Combaticons, y lo cierto es que no fue muy complicado encontrarlos. Dado que todos ellos habían cumplido íntegra su condena, no habían hecho muchos esfuerzos por esconderse. Digo esto último porque estaba seguro de que la mitad de ellos ya había cometido delitos suficientes como para ser reinsertados de nuevo en el eficiente sistema penitenciario de los Autobots.

Según Hellbat, que se había informado al respecto, el primero de mis subordinados que encontramos, que sólo tenía el rango de Proto-1, tenía la forma de un penoso vehículo anaranjado de transporte de cargamento, más allá del sector nueve galáctico. Hellbat se transformó de jet Dassault Rafale a robot y aterrizamos sobre la mugrienta superficie de SR8835, donde estaba nuestro objetivo. Me sorprendió el hecho de que mi improvisado compañero poseyera la forma de un vehículo terrestre. —Yo también peleé un tiempo en la Tierra— se limitó a decir. Un par de preguntas bien formuladas nos pusieron enseguida sobre la dirección correcta y no tardamos en encontrar el almacén donde Swindle trabajaba de manera supuestamente honrada, aunque en su caso, sabiendo que en el pasado fue capaz de vender las componentes de sus propios compañeros, lo dudaba bastante.

Nada más verle Hellbat y yo nos dirigimos a hablar con él, pero en cuanto nos vio soltó lo que llevaba, se transformó y salió corriendo. El muy idiota nos había confundido con ajustadores de cuentas.

Hellbat se transformó y le cortó el paso. Yo me limité a no hacer nada. Había jurado que no me transformaría hasta no obtener una forma digna de mí, no aquella penosa carcasa desmilitarizada.

—Esperad, os juro que repondré lo que me he llevado, no me hagáis nada —se limitó a lloriquear.

—Soy Onslaught, Proto-1 —me limité a decir—. Veo que sigues igual que siempre. De no ser por tu talento con la obtención de armamento hace ya tiempo que te hubiera degradado de tu puesto.

—¿Onslaught? ¿Te han soltado ya?

—En efecto. Dime, ¿deseas seguir siendo un simple robot de carga y descarga o prefieres volver junto a mí?

—¿Qué es lo que me ofreces a cambio? —dijo desafiante.

—Ah, Swindle, me encanta tu estilo. Recuerdo una vez, hace mucho tiempo, que tuviste el valor de intentar chantajear al mismísimo Megatron y por poco acabas hecho pedazos.

Swindle me miró sin saber muy bien cómo reaccionar.

—No era una petición, soldado. Era una orden.

El segundo de mis robots fue aún más fácil de localizar. Lo único que había que hacer para verle era viajar a Monacus, comprar un asiento, y verle luchar contra los animaliens.

—Qué espectáculo más desagradable —comentó Hellbat sentado a mi lado, hastiado—. ¿Cuándo saldrá?

—Como en todas las buenas funciones, lo mejor siempre se deja para el final —respondí sin más.

Al fin apareció Brawl en la arena. La multitud gritó extasiada. Estaba claro que mi antiguo soldado, que ostentaba el cargo de Proto-2 y en el pasado poseía la forma de un tanque terrestre, había otorgado muchas tardes de diversión a la turba.

Le observé pelear contra los animaliens. A pesar de la ausencia de su cuerpo aún poseía lo más importante, ese instinto asesino y salvaje, aquella tendencia al caos y la destrucción que tan bien sabía manejar en combate. Brawl era un guerrero excelente, que había vivido de primera mano innumerables combates y se había curtido en la arena de Polyhex. Ya incluso antes de pasar a engrosar las filas de los Decepticons era un trabajador de las minas del Núcleo de Cybertron que valía por varios de ellos y que nunca se quejaba de nada, motivo por el que se ganó la enemistad de los otros trabajadores.

Cuando la pelea terminó nos hicimos hueco como pudimos y nos colamos en la parte trasera del local. Un par de guardaespaldas nos flanquearon el paso, pero cuando vieron el símbolo Decepticon de Hellbat, el cual era ilegal en toda la galaxia, se echaron hacia atrás, asustados, demostrando una vez más la superioridad de los nuestros.

Brawl estaba evaluando los daños sobre su brazo derecho, combado debido a una dentellada, cuando tuvimos a bien interrumpirle.

—Fuera de aquí —dijo—. No admito visitas.

—Esa no es manera de hablar a tu superior, Proto-2 —dije con rudeza. En cuanto Brawl reconoció mi voz se enderezó y adoptó postura de firmes.

—¿Lord Comandante? —dijo impetuosamente.

—Ya no soy Lord, Proto-2.

—¿Qué le trae aquí, señor?

—Descansa, Proto-2. He venido a reclamar tus servicios, en base al protocolo de lealtad que juraste hacia mí. El escuadrón estará reunido de nuevo.

—¿El escuadrón? ¿Se refiere a los Combaticons, Lord Comandante?

—Así es. Vamos a recuperar nuestro estatus, Brawl. Ya lo verás. ¿Estás conmigo?

—Le seguiría hasta el fin del Universo, Lord Comandante.

El tercero de mis miembros fue más difícil de rastrear. Dado su pasado aristocrático y su elevada posición en los días previos a la Primera Gran Guerra Cybertroniana, no le fue difícil mover unos cuantos hilos y hacerse con un minúsculo pero manejable satélite más allá del octavo cinturón de asteroides de la Nebulosa de Trakon. El viaje fue largo y penoso, y al fin llegamos al lugar. Como había supuesto, tenía todo el potencial para ser una perfecta base militar, pero mi soldado lo había descuidado por completo, limitándose a orbitarlo mientras se lamentaba de su situación actual. Cuando nos vio llegar, como dos puntos emergiendo de la negrura del Cosmos, se acercó a nosotros y nos interceptó no sin cierta curiosidad.

—Están a punto de entrar en espacio privado —proclamó.

—Hemos venido a hablar contigo, Blast Off —dijo Hellbat impaciente.

—¿Y quienes sois acaso para perturbar mi deseada soledad?

—Soy el que te ordenaba destruir a los Autobots, tu Comandante.

—Destruía a los Autobots porque quería, no porque me lo mandaran. Pero ¿qué le ha traído hasta aquí, señor? No me diga que ha hecho el viaje sólo para saludarme.

—No, Blast Off. Hemos venido hasta aquí para darte la oportunidad de engrosar de nuevo nuestras filas.

—¿Volver a ser un Decepticon? No, gracias.

—No, Proto-3. Volver a ser un Combaticon.

El último de mis hombres fue el más difícil de encontrar. Nadie sabía de su paradero, y hasta que no encontramos a Blast Off no teníamos ni siquiera una pista de él. Al parecer había decidido largarse más allá del límite de la galaxia. Por ese motivo

había violando la limitación de alejamiento que los Autobots le habían puesto como condición a la reducción de su condena. Los Autobots decidieron otorgársela debido a su conducta ejemplar en la prisión Sur de Paradron, donde estaba encerrado.

Pero qué estúpidos eran.

Porque Vortex, mi mano derecha en combate, era un experto del engaño y la mentira, capaz de hacerte creer que se trataba de tu mejor amigo para acto seguido arrancar tu chispa con sus propias manos. Durante todo el tiempo que estuvo bajo mi mando fue un eficiente torturador, y posiblemente el mejor que he conocido jamás. Eso sin tener en cuenta su habilidad en el aire, que le convirtió durante años en el perfecto vigilante de Darkmount, donde además podía ejercer la otra función en la que era un verdadero maestro: la de interrogador.

Durante mucho tiempo pensé que él de hecho había puesto sobre aviso a Straxus de nuestro intento de magnicidio, pero aquello ya era algo para olvidar.

Finalmente le encontramos a la deriva en el Brazo Exterior, a los mandos de una nave que se había costeado trabajando como ejecutor para otro antiguo Comandante Decepticon cuyo nombre no pudimos averiguar. En el compartimento de carga había habilitado varias celdas, todas ellas llenas de esclavos.

—Veo que las cosas le han ido bien, Proto-4 —comenté mientras miraba el puente de mando, que estaba bajo las funciones de piloto automático—. Una nave como esta podría sernos útil de cara a nuestro plan.

Hellbat torció el gesto. No se sentía cómodo allí dentro.

—Olvídese de mí, Proto-5 —comentó aludiendo a mi propio código numérico, algo que se considera una ofensa entre los Decepticons que se dirigen a su Comandante—. No me interesa, por si no se había dado cuenta. Y muchos menos si viene con este mamarracho al que no conozco de nada.

—¿Quién te crees que eres? —dijo Hellbat transformando su escudo del pecho, pero no en un murciélago sino en una pistola, con la que le apuntó.

—Vaya, uno de los antiguos soldados de Deszaras... eres de gatillo fácil, amigo.

—Me acerqué a Hellbat y bajé su arma. Se calmó pero no la realojó en su placa pectoral.

—Nos uniremos para obtener nuestros cuerpos, y luego serás libre de decidir si deseas o no seguir con nosotros. ¿Qué me dices, Vortex?

Calló durante un rato y finalmente se giró para mirarnos.

—De acuerdo, pero olvídense de llamarme Proto-4.

Finalmente, después de tanto tiempo, los Combaticons volvían a estar reunidos. No teníamos nuestros cuerpos, ni apenas armas, pero eso no impediría que alcanzáramos

nuestro destino.

Según Hellbat, los cuerpos de los Decepticons estaban custodiados en lo más profundo de Cyber-4, uno de los diez planetas que se construyeron empleando los restos de Cybertron. Eso quería decir que nos encontraríamos con medidas de seguridad que databan tanto de las Guerras Cybertronianas como de los tiempos de los Brainmasters. Hellbat había conseguido unos planos que detallaban la ruta que debíamos seguir. Pero antes de eso todo debía estar perfectamente planificado. No había un solo cabo suelto que dejar, ni un solo centinela cuya ruta no estuviera controlada al milímetro.

Estaba entusiasmado como si me acabaran de ensamblar. Llevaba centenares de orns sin planificar una estrategia de batalla, teniendo en Micro como tarea autoimpuesta la planificación de rutas de escape seguras para no perder práctica. Calibré un total de treinta y dos, y aunque nunca usé ninguna, las intercambié por privilegios y prerrogativas de mando en los paneles de la fundición. Algunos de los Autobots eran conscientes de que deseaba cada vez más responsabilidades para no olvidar lo que significa ser un Comandante Decepticon, pero por mucho que lo intentaron, nunca pudieron frenar mi entrenamiento personal.

Por fin tracé el plan. La estrategia consistía en aprovechar nuestro aspecto inofensivo para hacernos pasar por empleados del perímetro exterior. La criatura de Hellbat se infiltraría después entre los tubos de ventilación, cubierta por Blast Off, y nos avisaría del momento en que hubiera acceso seguro para que Vortex se colara en el segundo sector. Desde allí, llegaría al puesto de mando más cercano al túnel de embarque de naves y deshabilitaría las dos plataformas cilíndricas fronterizas a éste. Brawl iría por una y Swindle por la otra. Una vez llegasen al final acabarían con los guardias para realizar una maniobra de acoplamiento de túneles. Una vez conseguido nos reuniríamos todos, Hellbat incluido, en el centro de embarque de nuevo, y trazaríamos un recorrido en espiral, de túnel a túnel, para evadir más fácilmente las alarmas y así llegar al corazón de la base, donde estaban alojados los cuerpos, siempre con Hellbat por delante para desviar el fuego cruzado.

El plan fue discutido, repasado e insertado en los circuitos de todos los presentes. Las prerrogativas eran claras: prioridad uno. Cualquier desertión o abandono supondría la ejecución sumaria inmediata del infractor. Los Combaticons podemos ser unos traidores, pero nunca entre nosotros.

El procedimiento fue aprobado y puesto en marcha con efecto inmediato. La incursión duró 2.15 breems y fue perfecta en todos sus aspectos. Los centinelas Autobots que encontramos, la mayoría de clase Beta, no pudieron hacernos frente a pesar de nuestros cuerpos inservibles, dado que la mayoría de ellos ni siquiera había entrado en combate más allá de las simulaciones holográficas de la escuela de tiro de Cyber-

3. Hellbat demostró ser además un competente artillero y mejor piloto, y ejecutó su parte del plan sin problemas. Tampoco tengo queja alguna con respecto a mis soldados.

En lo relativo a escapar, todo estaba medido al milímetro también. En caso de obtener nuestros cuerpos, nuestra fuerza conjunta nos permitiría salir por la puerta de despegue. En caso contrario volveríamos a los túneles, pero ejecutaríamos la maniobra en sentido contrario al de la ida.

Sin embargo, cuando llegamos al corazón de Cyber-4, cometimos un fallo táctico. Uno que, incluso en mis soldados, estoy dispuesto a tolerar.

Lo que vimos allí nos dejó inmóviles durante casi un decaklik completo.

Hellbat no había mentido. Allí estaban los cuerpos de los guerreros Decepticons desde tiempos incluso anteriores a la Segunda Guerra Cybertroniana. Almacenados en cilindros verticales, llenando la sala, amplia como el torso del mismo Unicron. Allí estaban la mayor parte de aquellos que habían luchado en la Tierra junto con nosotros, todos cuidadosamente clasificados.

Vortex y Blast Off se transformaron y procedieron la inspección para asegurar el lugar. Mientras esperaba su informe, me acerqué a un cilindro vacío. Me bastó un vistazo para comprender que siempre había estado así.

—Megatron —dije en voz alta. Junto a él, en fila, había otros cilindros. Algunos estaban vacíos, algunos no, pero no tardé en darme cuenta de que aquella fila estaba destinada a contener a los grandes líderes de los Decepticons, y ocupaba un puesto de honor en la sala.

—Parece que nos admiraban después de todo —comenté.

—La segunda fila era la de los Lores. Por un momento el miedo me invadió al pensar que podría estar ahí mi propio cuerpo, pero no era así. Quien sin embargo sí estaba era Straxus, aquel que se vio favorecido con mi caída, y otros Lores modernos a los que nunca llegué a conocer.

La tercera fila era la de los Comandantes, y comprendí que ahí sí estaría. De atrás hacia delante, comencé a recorrer a los altos mandos del imperio militar Decepticon: Shockwave, Motormaster, Razorclaw, Scrapper. Al fin tuve frente a mí a mi propio cuerpo, nuevo y reluciente, con sus dos cañones aún ondeando en su espalda, pero logré contenerme y seguí mirando a mis grandes camaradas, algunos de los cuales sólo conocía vagamente por ser posteriores a mí: Snap Trap, Icepick, Leozak... y de repente algo me alarmó. Algo que hizo que me saltara la directriz de mi propio plan y orquestara un plan de emergencia. Hice a Blast Off una señal secreta para que bajara que sólo un Combaticon podía interpretar, y con ese mismo lenguaje desarrollado por medio de imperceptibles gestos milimétricos, le ordené que buscara la hilera de los espías Decepticon, y un nombre concreto.

—¿El informe está completo? —Preguntó Hellbat.

—Está completo —mentí—. ¡Buscad vuestros cuerpos! —ordené. Pero Blast Off, que ya había puesto también sobre aviso a Vortex, estaba realizando una tarea prioritaria, y cuando la hubo cumplido descendió hasta mi posición.

—Lo hemos encontrado —proclamó—. Está ahí.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Hellbat.

—Ocurre que tú no eres Hellbat. Nos has engañado.

—¿Engañar? ¿Por qué dices eso?

—Mis subordinados —dije mientras poco a poco me acercaba a mi cuerpo— han encontrado un cilindro con tu nombre, y tu cuerpo está en él. Tú eres un impostor, y creo saber quién eres.

—Tú nunca sabes nada, Onslaught, siempre has sido un instrumento al servicio de otros, pero nadie te explotó tan bien como yo.

—¡Calla! —dije enfurecido—. ¡Combaticons, demostrad vuestro poder!

En ese momento dejé a mi chispa vital alojarse de nuevo en mi cuerpo, y lo mismo hicieron mis soldados. Un estallido de luz inundó la habitación, y cinco carcasas destinadas a uso civil cayeron en medio de la misma, rompiendo algunos de los cilindros y dejando que varios cuerpos de otros Decepticons cayeran. Para cuando la luz desapareció, volvíamos a ser los de siempre: Swindle un jeep XR311, Brawl un tanque Leopard, Blast Off un Shuttle espacial, Vortex un helicóptero Black Hawk y yo mismo una lanzadera de misiles.

Nos transformamos y encaramos a nuestro enemigo.

—Ríndete y seremos benevolentes, en caso contrario prepárate para la destrucción —advertí.

—¿Rendirme? —dijo Hellbat—. ¿A vosotros, que fuisteis mis lacayos, que os tuve esclavizados para mis propósitos? ¡No, Combaticons, ahora veréis mi verdadero poder, el mismo que me ha permitido burlar a la muerte!

El falso Hellbat alteró su aspecto, como si sólo fuera un holograma, y vimos al fin el rostro de nuestro enemigo. Mis tropas enfurecieron nada más presenciarlo.

—Tal y como imaginé, sabía que ya había visto esa manera de luchar antes, pero no fue hasta que vi tu cilindro vacío que lo recordé —dije—. Mucho tiempo sin vernos, Starscream.

—Y ésta será la última vez, ingratos —habló con su característica voz chillona—. Yo que os rescaté de las celdas de Cybertron y todo lo que he hecho es cobrarme ese favor ahora.

—¡Tú nos llevaste al exilio! —gritó Brawl.

—El exilio sólo es un pequeño obstáculo en mi ascenso al poder absoluto.

—No, ahora lo entiendo —respondí con calma—. Eres débil y apenas puedes alojar un cuerpo, necesitas a alguien que haga el trabajo sucio por ti. Por eso robaste el cuerpo de Hellbat.

—Yo no robé nada, estúpido, lo encontré a la deriva en el Cosmos, junto con el de sus compañeros de escuadrón. Los Autobots ni siquiera se extrañaron de su ausencia, pues era tan traicionero que le creyeron muerto a manos de los suyos. Eso que han visto tus soldados ahí arriba —señaló a la zona donde estaba el cilindro de Hellbat— sólo era un montón de chatarra puesto en su lugar.

—¿Cómo es que estás vivo, Starscream? —preguntó Blast Off—. ¿Por qué no te mueres?

—¿Recordáis mi rayo nulificador? Pues no sólo inutilizaba las máquinas, también me permite poner en marcha aparatos remotos. Mientras tuviera sistemas a los que conectarme de vez en cuando, mi chispa no moriría. Y aquí, idiotas, tengo de sobra para acabar con vosotros.

Justo después de decir estas palabras, Starscream se fragmentó y se introdujo en los cuerpos de Thundercraker y Skywarp, que empezaron a moverse como zombies. Sabía que sólo eran seres sin mente, pero aun así no dejaban de preocuparme.

—Combaticons —dije con serenidad—, formación de batalla, protocolo doce. Blast Off y Vortex se transformaron y, en lo que Vortex los desorientaba con el movimiento de sus aspas, Blast Off embistió a Skywarp y lo inutilizó. Thundercraker cayó gracias a un certero disparo de Brawl.

Starscream regresó a su forma estándar de nuevo frente a nosotros.

—Muy bien, Combaticons, pero hay más de donde salió esto.

Lo siguiente fue enfrentarse contra el segundo escuadrón de élite terrestre: Thrust, Dirge y Ramjet. No fue tampoco difícil hacerlo, pero noté que parecían moverse mejor que los anteriores. Starscream estaba aprendiendo a emplear a nuestros antiguos camaradas contra nosotros.

Según mis cálculos faltaba menos de un ciclo para que el estruendo alertara a las fuerzas de seguridad, pero si las cosas evolucionaban como sospechaba, sabía que lo último que harían sería meterse en aquella sala.

No tardé en darme cuenta de que así sería. Starscream nos lanzó, uno a uno, a los mejores tríos tácticos que los Decepticons habían tenido alguna vez. Con algunos como Astrotrain, Blitzwing y Octane tuvimos ligeros problemas, y los peores fueron Mindwipe, Skullcruncher y Weirdwolf, pero aun así aguantamos. Empezábamos a estar magullados pero aguantamos.

A partir de ese momento comenzó la verdadera prueba de fuego: Los escuadrones.

Los primeros que empleó fueron nuestros rivales más detestados, los Stunticons.

Luchamos codo con codo, pero entonces Starscream los transformó en el poderoso Menasor.

Mis hombres me miraron. Sabían lo que iba a ordenar, pero esperaron a que lo hiciera. Ni siquiera Blast Off, que a veces se saltaba la cadena de mando con esta orden debido al ansia, dijo nada.

—Combaticons, protocolo uno.

Y al instante nuestros cuerpos se juntaron y nos transformamos en el supermilitarizado robot conocido como Bruticus.

Para un escuadrón ser uno solo es algo que sólo se consigue tras una durísima disciplina. En nuestro caso esa disciplina venía de una fuerte jerarquía militar, autoimpuesta a pesar de ser independientes de la estructura de mando principal de los Decepticons. Es por eso que cuando somos Bruticus básicamente yo doy las órdenes.

Y mi orden era acabar con esa copia barata de Menasor a toda costa.

El odio conjunto de mis subordinados hacia el enemigo hizo que durara menos de lo que habíamos pensado. Starscream empezó a enfurecerse.

—¡Esto está aún por empezar! —proclamó.

El siguiente en aparecer fue Devastator. No tuvo nada que hacer contra nosotros, lo mismo que Abominus o Predaking. Todos ellos habían sido nuestros aliados, pero les habíamos estudiado como si fueran nuestros enemigos, por si algún día así ocurriera. Sin embargo Starscream también se estaba aclimatando al juego, y la cosa se puso cada vez peor.

El siguiente en aparecer en aquella colosal arena de combate improvisada fue alguien a quien no conocíamos. Estaba formado de lo que parecían criaturas marinas terrestres, y era bastante más grande que nosotros. Poseía una extraña espada contra la que tuvimos muchos problemas, pero le logramos aun así derrotar, aunque acabamos malheridos.

—Si Piranacon no fue suficiente para vosotros, llegó el momento de que os enfrentéis a peores enemigos aún.

Seis pequeños robots aparecieron frente a nosotros, y a pesar de ser aparentemente inofensivos de aspecto se combinaron para dar forma a una criatura con una enorme lanza. Saltaba a la vista que era uno de los últimos escuadrones Decepticon, tal vez incluso habían peleado a las órdenes de Deszaras.

Entre los pensamientos amalgamados de mis subordinados sólo pude distinguir una palabra: Monstructor.

Alzó la lanza y trató de ensartarnos con ella. La agarré con ambas manos y ambos empezamos a empujar. Éramos como dos criaturas salvajes peleando en mitad de una jungla, lanzando gritos como de bestias sin mente cada vez que uno hacía retroceder

al otro. Finalmente, tras mucho esfuerzo, ganamos el pulso, le arrebatamos la lanza a ese Monstructor y la ensartamos en su propio pecho.

Estábamos malheridos y sabíamos que aún faltaba lo peor.

—Tenía la impresión de que llegaríais hasta aquí —pronunció Starscream tras reaparecer una vez más— pero esto ha llegado a su fin. Ahora os enfrentaréis a la fuerza Decepticon definitiva. ¿Recuerdas, Onslaught? Ya te hablé de él en el callejón. La perfecta combinación de todos sus componentes.

Seis guerreros surgieron, uno a uno, de variados tubos, dispersos por toda la sala. Uno de ellos era el propio Hellbat. Otro era Leozak, uno de los comandantes que había tenido frente a mí.

Había oído hablar de Leozak y los suyos. Incluso en la cárcel, sus hazañas eran famosas. Se contaba que habían matado a Convoy y casi herido de muerte a Star Saber. Pero no con esa forma separada, sino con la que estaban asumiendo, la de un maestro del combate cuerpo a cuerpo, un coloso que arrasaba montañas a su paso, capaz de partir en dos un crucero clase Skyhopper de un certero golpe.

El rugido animal de Liokaiser llenó la sala. Acto seguido, hizo aparecer en sus manos una vara puntiaguda tan alta como una factoría de la época de los Quintessons.

Probamos la misma técnica que había funcionado contra Monstructor, pero nada más intentar medir fuerzas con él salimos despedidos contra la pared más cercana. En ese momento nos dimos cuenta de que se habían cerrado las compuertas principales. Los Autobots nos habían aislado. Tal vez tenían la esperanza de que nos matásemos mutuamente, pero si Liokaiser era tan fuerte como se decía, no tendrían esa suerte.

Tratamos de hacerle perder el equilibrio, pero era inútil. Sus pies eran robustos y estaban fuertemente anclados en el suelo. Flanquearle era también inútil. Viendo que de cerca teníamos las de perder, nos situamos fuera del alcance de su vara y usamos la artillería pesada. Apenas le hizo nada, pero él nos lanzó unos discos infernales que se clavaron en nuestro pecho como si fueran la garra de Omega Supreme.

Cuando estábamos al borde del cortocircuito, de repente nuestro adversario sonrió y desapareció ante nuestros ojos. No sólo era grande y fuerte, también rápido, como comprobamos en un momento. Nos agarró por la espalda y volvió a hacerse visible. Su intención, sin duda, era partirnos en dos. Yo me llevaría la peor parte, pero mis soldados no tardarían en seguirme.

Era inútil. Liokaiser era el soldado perfecto. Poseía todas las armas.

Y entonces recordé la frase. La misma que había dicho miles de veces a los reclutas en Cybertron. La misma que repetía constantemente a mis hombres. La misma que ya casi había olvidado.

La mente es el arma más poderosa.

—Combaticons —dije comunicándome mentalmente con ellos—. Por lo que he visto estos soldados poseen un escudo en el pecho. Separaros y dirigiros cada uno a una extremidad. Retirad los escudos y disparad.

Al momento, mis soldados se separaron de mí, y me quedé solo, pero aún agarrado por Liokaiser. Si siendo Bruticus apenas podíamos aguantar la presa, siendo yo solo lo tenía peor aún. Esperaba que mis soldados fueran rápidos.

Afortunadamente para mí, lo fueron. Cada uno se movió hacia un brazo o una pierna. Una rápida identificación visual y largas temporadas de aleccionamiento en la tecnología de fusión de Transformers les permitió identificar a gran velocidad la anatomía de cada miembro y, tras retirar los escudos y lanzarlos lejos, dispararon con todo a sus placas pectorales. Liokaiser se derrumbó como si le hubieran mutilado masivamente y se llevó por delante la pared contigua. Nos levantamos aturdidos y presenciamos que los escudos que habíamos retirado se habían transformado en animales robóticos que parecían estar agonizando. Estaba el murciélago que portaba Hellbat, pero había también otros como un halcón y un rinoceronte. Comprendí que aquellas criaturas habían sido almacenadas allí dentro vivas de verdad, no como una carcasa vacía. Me apiadé de ellas y una a una las rematé para que no sufrieran.

Justo al acabar recordé a nuestro verdadero enemigo. Miré hacia arriba y sólo vi una esfera de luz escapando, cada vez más débil pero sin llegar a apagarse.

—Volverá —comenté mientras mis soldados se acercaban a mi posición—. No tiene ni que decirlo.

El plan de huida, aunque improvisado, no tuvo complicaciones. Nos limitamos a fingir ser una más de todas aquellas carcasas vacías y en cuanto se despistaron nos dimos fácilmente a la fuga. Salir resultó más fácil que entrar, ya que no pensaban que nadie estuviera aún intentando escapar.

Después de aquello tomamos la nave de Vortex y pusimos rumbo al satélite de Blast Off. Tras duras jornadas de trabajo, logramos habilitarlo y lo convertimos en nuestro nuevo cuartel general.

—¿Y ahora qué? —comentó Swindle—. ¿Otra vez ser un grupo de soldados fracasados a las órdenes de ambiciosos líderes Decepticon?

—No, no lucharemos más por la causa.

—¿Qué sugiere entonces, Lord Comandante? —preguntó Brawl—. No deseo llevar un emblema Autobot en el pecho, pero lo haría si fuera una orden suya.

—No lucharemos por la causa, no al menos de manera directa, pero no seremos Autobots. En este momento somos el escuadrón Decepticon más veterano de la galaxia. Enseñaremos a otros a pelear contra el enemigo.

—¿Y cómo nos mantendremos? —preguntó Blast Off, siempre práctico.  
—Eso me gustaría saber —dijo Vortex.  
Miré al espacio, donde se recortaba una nube de meteoritos.  
—En estos días de supremacía Autobot, soldados, siempre hacen falta mercenarios paramilitares a lo largo y ancho de la galaxia.

© 2007, Miguel Ángel López.



**Bruticus**

**Función:** Guerrero  
"La guerra es el único arte"



### **Onslaught**

**Función:** Líder de los Combaticons  
"La mente es el arma más poderosa"

### **Swindle**

**Función:** Experto en municiones  
"Haz tratos, no la guerra"



### **Brawl**

**Función:** Asalto terrestre  
"Nací para ser salvaje"

### **Vortex**

**Función:** Interrogador  
"Soy Vortex, sobrevuélame -si te atreves"



### **Blast Off**

**Función:** Guerrero del espacio  
"Destruyo a los Autobots porque quiero, no porque me lo ordenen"

### **Starscream**

**Función:** Comandante aéreo  
"La conquista se efectúa a partir de las cenizas de los enemigos"



# LA DAMA ESCARLATA

a Roger Zelazny

Daniel aceleró por la carretera. Superaba las ciento veinte millas por hora sin reducir la velocidad en ningún momento. El parabrisas oscurecido hacía que el sol se asemejara más bien a una pálida luna... "o un indiferente planeta metálico", pensó Daniel. Más que un automóvil, a Daniel le parecía pilotar una nave a través del negro vacío espacial.

—No tiene sentido que te canses de esa forma, aferrado al volante como una garrapata —dijo la melodiosa voz femenina del vehículo a través del radio—, ¿Por qué no intentas descansar? Si quieres oscurezco totalmente las ventanas así duermes un poco.

—¿Cuántas veces tendré que repetirte que no actúes como si fueras mi madre, Arcee?

—Prefiero considerarme a mí misma tu hermana mayor, Danny...

—Y no me digas Danny, itengo cuarenta y ocho años, por favor!

—Sí que estamos malhumorados hoy día. De cualquier forma para mí siempre serás el pequeño Daniel Witwicky y si no te gusta, pues paro en este mismo instante y te arrojo fuera de mí, en medio del desierto.

—No serías capaz...

—¿Quieres probarme? No eres el único que has sufrido pérdidas dolorosas



El humano no dijo nada, la Transformer tampoco contestó y continuaron en silencio a toda velocidad por la carretera.

Daniel lamentó tratar de tan mala forma a su compañera Autobot. Había sido una buena amiga desde su infancia, siempre había estado ahí para cuidarle, pero no para evitar la muerte de Carly y Spike. La culpaba a ella, culpaba a los Autobots y su maldita política de no-intervención, culpaba al Decepticon que les había matado, pero principalmente se culpaba a sí mismo. "Sufres de Síndrome del superviviente", le había diagnosticado Perceptor. Arcee estaba muy al tanto de esta condición que se traducía en un carácter depresivo y malhumorado con tendencia a retraerse y ocasionales explosiones de enojo. Pero hasta Arcee tenía sus límites y ella también era una superviviente. Además que era de los pocos Autobots que, desobedeciendo a su comandante, decidieron quedarse en la Tierra tras la muerte de Prime y la derrota definitiva de los Decepticons. El nuevo líder Autobot, Ultra Magnus, había decidido no interferir más con la civilización humana a la que tanto daño había provocado y se marcharon de vuelta a su mundo natal. Lamentablemente no todos los Decepticons habían sido erradicados de la faz de la Tierra...

—Disculpa, no sé que me pasa —dijo Daniel.

—Yo sé lo que te pasa, y sé cual es la solución, Danny —contestó Arcee—. Esta vez lo atraparemos.

Arcee como los Dinobots había sido construida en la Tierra por lo que se consideraba más terrícola que cybertroniana. En el punto más alto de integración Transformers-humanos, estos últimos se quejaban que los Autobots era 'machistas' al no tener mujeres en sus filas. Prime intentó una y mil veces de explicar que los Transformers no tenían géneros, pero finalmente se rindió ante las demandas del público y ordenó a Wheeljack construir un escuadrón de 'femmbots'. Arcee fue la primera pero cuando fue presentada a los medios en una ceremonia pública sus curvilíneas formas y color rosado fueron motivo de escándalo para la misma gente que Optimus intentaba aplacar. Cansado de los humanos y sus 'excentricidades', Optimus ordenó detener la producción del resto de las femmbots y así Arcee fue la única de su clase.

Con el tiempo probó ser uno de los mejores guerreros Autobots y recibió varias mejoras por parte de Wheeljack que finalmente modificó su forma alterna de motocicleta a la de un Dodge Viper SRT-10 rojo escarlata con dos franjas blancas en su carrocería superior. Su motor V10 cubicaba 8.400 cc y su potencia llegaba hasta los 600 CV y el par motor hasta los 760 Nm. Arcee estaba fuertemente armada con misiles bajo las protuberancias de su capó, y dos bocas del calibre cincuenta acechaban apenas fuera de la vista en los escondrijos bajo sus faros delanteros; llevaba un cinturón de granadas cronometradas a cinco y diez segundos ciñendo su vientre; y en su maletero un tanque-

spray conteniendo nafta altamente volátil. Tal vez Arcee fuese una chica, pero Dios sí que era ruda.

—No se nos escapará otra vez —replicó Daniel.

Le habían buscado día y noche y el hijo de Spike apenas había dormido tres horas en dos días. La última Fortaleza de Energón parecía haber pasado hacía tanto tiempo, tan lejana...

Daniel se inclinó hacia adelante y sus ojos se cerraron. Arcee aprovechó esto para ensombrecer sus ventanas hasta la opacidad absoluta. Inclinó hacia atrás el asiento del piloto y encendió el calefactor interno a medida que le gélida noche del desierto se acercaba.

"Dulces sueños, mi amado Danny", pensó ella sin disminuir la marcha. Poco antes de las cinco de la madrugada el asiento le sacudió con fuerza.

—¡Despierta, Danny! —vociferó Arcee.

—¿Qué pasa? —preguntó Daniel llevándose instintivamente la mano al cinto de la pistola que Wheeljack había modificado para él.

—Acabo de recoger una emisión de los Protectobots hace veinte minutos. Ha habido una nueva emboscada por la zona. Cambié de rumbo inmediatamente, y casi hemos llegado. Una caravana de vehículos, avanzando hacia el oeste, fueron emboscados por cuatro coches...

—¿Descripción de los coches? —interrumpió Daniel.

—Un Porsche 928, un Tyrrell P34 Formula 1, un Ferrari 308 GTB y un Lamborghini Countach.

—¡Es Breakdown! —exclamó Daniel—, ¡por fin encontramos a ese hijo de puta!

—Pero los demás Stunticons están con él.

—Sin Motormaster no pueden formar a Menasor...

—Lo que no los hace menos peligrosos. Hasta los mismos Decepticons les dieron la espalda.

"En efecto", pensó Daniel. "Son impredecibles y desde que Motormaster fue destruido por Magnus son aún peores. Unos psicópatas de las carreteras, sin ley que los rija salvo la muerte y el pillaje. Los Stunticons transportan a gente muerta atada al cinturón. Breakdown los mata y cambia a menudo manteniendo su interior refrigerado para que duren más. Nos engañó con pasajeros muertos y así logró que le abriéramos nuestro Garage. Se ha pintado a sí mismo de azul, rojo, verde o negro, en distintas ocasiones, pero siempre vuelve al blanco. El color que usaba cuando nos atacó sin piedad a mí y mi familia."

—De acuerdo a Blades, que está sobrevolando la zona, todos los vehículos han sido vaciados de energón —dijo Arcee—. Eran tres buses llenos de humanos y dos

coches, aproximadamente treinta muertos y setenta heridos.

—Esos desgraciados, no tenían para que matar a la gente. ¿Los están persiguiendo los Protectobots?

—Están ocupados prestando ayuda a los heridos.

—Mejor para nosotros. Por más rudos que sean esos Stunticons no se comparan a ti, Arcee. Fuiste especialmente blindada y armada por Wheeljack para ser la cosa más dura, más rápida y más ágil sobre ruedas en todo el planeta. Eres la Dama Escarlata. Eres el único Autobot que puede eliminar a Breakdown y su jauría salvaje. Esta vez vamos a atraparlos.

—Pudiste haberme dejado la caza a mí, Daniel. Sabes muy bien cuanto amaba a tu familia, no tenías más que pedirlo.

—Lo sé, Arcee. Eres la única Autobot que mataría por un humano.

—No lo hago por ti solamente, o para vengar a Carly y el pequeño Spike. Lo hago en nombre de Springer y Hot Rod que murieron a manos de esas bestias motorizadas.

—Eres una buena amiga, Arcee, a veces pienso que si no fueses un robot...

—¡Qué cosas dices, Daniel! ¡Eres como un hermano menor para mí!

—¿Entonces por qué reaccionaste de esa manera cuando te conté que Carly y yo nos casaríamos? ¿Por qué no te vi durante dos años luego que nació Spike?

—Estaba ocupada en Cybertron...

—Estabas celosa.

Arcee no contesto.

—Admítelo Arcee, nunca te decidiste entre Springer o Hot Rod porque en el fondo me amabas a mí.

—A ti te quiero como a un hermano. Sólo he amado a un Transformer y ese es Wheeljack.

—Pero él es tu padre, ¿no?

—Sí, es por eso que nunca... Bueno, ya sabes.

Fue Daniel el que ahora guardo silencio. Arcee aceleró a doscientas millas por hora.

—¿Cómo vamos de energón? —preguntó Daniel aprovechando así para cambiar de tema.

—Suficiente, y todavía dispongo de los depósitos auxiliares. Despreocúpate. El rastro se hace más marcado —agregó.

—Bien. ¿Cómo está el sistema de armamento?

—Listo para funcionar. La huella es muy intensa ahora. ¡Por aquí! Va directamente en dirección a esas montañas.

—¡Vamos entonces!

Daniel guardó silencio largo tiempo. Los primeros indicios de la mañana comenzaron por el este. Comenzaron a ascender una cuesta suave. Arcee aflojó su ritmo para equilibrar el terreno, el cual se estaba volviendo un tanto irregular.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Daniel.

—Es muy difícil ir por aquí —respondió ella—. Además, la pista se hace más difícil de seguir. Hay mucha radiación residual que interfiere mi sistema de rastreo.

—Sigue intentándolo, Arcee.

—El rastro parece ir directo a las montañas.

—¡Síguelo!

Una hora después la noche se escurría por detrás de las montañas. El sol despuntaba desde el extremo más alejado de las llanuras y Daniel sacó el termo con café de debajo del asiento. Pero antes de poder desenroscar la tapa, Arcee le dijo:

—Danny, creo que he encontrado algo a la derecha de ese peñasco grande: un declive con algún tipo de abertura al final.

—Dirígete hacia allá. Listos los proyectiles.

—Una cueva, o un túnel —dijo Arcee.

—Entra lentamente —ordenó Daniel—. Haz explotar la primera cosa que se mueva.

Entraron en el pétreo portal, avanzando ahora sobre arena. Arcee apagó sus luces visibles y cambió a infrarrojo. Una lente i-r se elevó ante el parabrisas, y Daniel estudió la caverna. Tendría unos veinte pies de alto y ancho suficiente para alojar tal vez tres coches marchando lado a lado. El suelo varió de arena a roca, pero ésta era lisa y bastante nivelada. Después de un tiempo se inclinó hacia arriba.

—Hay un poco de luz delante —murmuró.

Avanzaron lentamente y se detuvieron en el umbral de la luz. Entre la tenue luz de la mañana y las sombras, se apilaba el más grande montón de chatarra que Daniel había visto en su vida.

Piezas de Transformers se acumulaban formando una pequeña montaña delante de ellos. Restos, partes y refacciones acumuladas durante un siglo de lucha.

—Así que entre estos viejos escombros se ocultan los Stunticons —dijo Daniel.

—Probablemente, escucho un motor. Déjame hablar a mí.

—Siempre lo haces de todas formas.

Un Dart Swinger modelo 1968 de dos puertas y seis cilindros asomó su anticuada estructura entre los escombros. El sonido de las piezas reconfigurándose chirrió en sus oídos.

—Te conozco —dijo Arcee—. Eres Autobot.

—Era —remarcó el Transformer—. Con Prime murió mi pertenencia a los Autobots y todo lo que representaban. Pero no estoy familiarizado con tu forma alterna, vamos

muéstrate.

Arcee se transformó con Daniel dentro. No había problema alguno, Wheeljack la había modificado para que esto fuese posible.

—Bonitas curvas, te recuerdo, eres... Arcee, la hija de Wheeljack. Solías ser una motocicleta, ¿no?

—He tenido algunos *upgrades*. ¿Y usted es...?

—Dart, fui amigo de Wheeljack en Cybertron, antes de la guerra...

—Estoy en busca de unos Decepticons, Dart —le interrumpió Arcee antes que el viejo comenzara a recordar sus glorias pasadas.

—¿Cuáles son tus intenciones, pequeña?

—Quiero unirme a ellos. Los Autobots me abandonaron aquí como a usted...

—A mí no me abandonaron, yo me quedé por decisión propia, aunque no fue precisamente para ayudar a los humanos como el bueno de tu padre y los Protectobots. Odio a los humanos, pero odio aún más a los incompetentes que causaron la destrucción de Prime.

—Los Stunticons a quienes busco...

—Mira, Arcee. No quiero meterme en líos. Soy muy viejo y mi cuentakilómetros ha dado la vuelta tantas veces que ya he olvidado el número de millas que he visto pasar. Soy el guardián de este cementerio. Soy demasiado viejo para seguir asaltando en la carretera así que monto guardia sobre estas piezas de recambio y realizo reparaciones a quien esté dispuesto a entregarme algo de energón. No me importa si son Autobots, Decepticons o Quintessons.

—Hijo de p... —se escuchó decir desde el interior del pecho de Arcee.

—¿Cómo has dicho, nenita?

—¿Yo? Nada, no he dicho nada. Creo que mejor continuaré con mi búsqueda, gracias de todas formas.

—No es necesario que te marches, aquí vienen tus amigos. Lo que es yo regresaré a mi morada, no quiero perderme Wheel of Fortune.

Y dicho esto, el viejo Transformer adoptó su forma de vehículo y se perdió entre los mismos escombros de los que había surgido.

—Aquí vienen —murmuró Arcee.

—Lo sé. Espera hasta que te diga que dispare —dijo Daniel mientras el Lamborghini Countach que lideraba la jauría se transformaba, siendo imitado por los otros.

—¿Pero qué tenemos aquí? —dijo Breakdown—, nada más ni nada menos que a la famosa Transformer femenina...

—Deseo unirme a vuestro grupo —interrumpió Arcee.

—Lo siento pero no tenemos vacantes —dijo Drag Strip.

—Ustedes solían ser cinco, ¿no es así? —replicó Arcee.

—Sí, hasta que al idiota de Motormaster se le ocurrió medir fuerzas con Ultra Magnus —respondió Breakdown.

—Yo aposté en su contra, y gané varios cubos de energón ese día —acotó Wildrider.

—Nadie está interesado en tus historias —le espetó Drag Strip.

—¡Basta ustedes dos! —dijo Breakdown anticipándose a una discusión que probablemente formaba ya parte de la dinámica de los otros dos Stunticons.

"Atenta con el que está callado, creo que sospecha algo", murmuró Daniel a su compañera aludiendo a Dead End.

—Bueno, si no me quieren en su grupo me marcharé —amenazó Arcee—. No son los únicos Decepticons por aquí, ¿saben? He escuchado que Runamuck y Runabout fueron vistos en las Vegas.

—Ese par de presumidos traidores —masculló Wildrider.

—Tiene un humano dentro de ella —dijo repentinamente el silencioso Dead End.

—¿Es cierto eso? —pregunto Breakdown apuntando a Arcee con su fusil.

—Claro, es un cadáver, para engañar a los humanos. Ustedes también los usan, ¿no?

—Está vivo —agregó Dead End. Puedo escuchar los latidos de su corazón desde aquí.

—Se equivoca, esta muerto, yo lo recogí...

—Nena, Dead End tiene el oído más agudo de entre todos los Decepticons. Pero también es un mentiroso traicionero así que te otorgaré el beneficio de la duda, ¿Qué tal si abres la cabina y nos enseñas tu 'cadáver'?

"¡Haz como te dice!", ordenó Daniel a través del comunicador sub-vocal.

"¿Estás seguro?"

"Hazlo, ¡Ahora!"

Arcee abrió la cabina en su pecho y un bulto cayó a tierra. La femmbot retrocedió uno cuantos pasos mientras Breakdown y los otros se acercaban a inspeccionar el cadáver.

—¡Sorpresa, hijo de puta! —exclamó Daniel poniéndose de pie y desenfundando su arma. Los Stunticons estallaron en carcajadas.

—No sé quien eres, bolsa de carne, pero te aseguro que será necesario más que una pequeña pistola para detener a los Stunticons.

—Lo sé, Breakdown —dijo Daniel con una amplia sonrisa dibujada en el rostro—. Este es sólo para asegurarnos que se queden quietos mientras os destruimos.

Antes que pudieran reaccionar, Daniel jaló del gatillo cuatro veces inmovilizando a los Stunticons con el rayo nulificador de Starscream que Wheeljack había adaptado

para uso humano. El efecto duraría sólo unos segundos, los suficientes como para esconderse tras las piernas de Arcee que descargó toda su artillería. Un minuto después los Stunticons habían sido reducidos a una humeante pila de chatarra.

—Lo hiciste, Arcee. Le mataste. Tú me mataste a Breakdown y los otros. Pero ella no dijo nada. Se transformó abriendo la puerta del piloto.

—Vamos —dijo escuetamente.

El motor se puso en marcha de nuevo y giraron hacia el sudeste enfilando hacia el Fuerte Fuel Stop/Rest Stop que les esperaba en esa civilizada dirección.

Durante dos horas condujeron en silencio, y Daniel bebió todo su Bourbon y todo su café y fumó todos sus cigarrillos.

—Arcee, di algo. ¿Cuál es el problema? Dime.

Hubo un chasquido, y su voz fue muy suave:

—Danny, sé que es lo que deseabas pero matar a los Stunticons no me ha producido ninguna satisfacción, es más, me siento culpable. Quizás en el fondo no soy muy distinta a ellos.

—No digas eso, Arcee. No te compares a esa escoria metálica.

—¿Y qué haremos después de recargar energón?

—Opino que deberíamos ir por Runamuck y Runabout, y por todos los Decepticons que sigan aterrizando las carreteras del mundo. ¿Estás conmigo, Arcee?

—Para toda la vida, Daniel.

© 2007, Sergio Alejandro Amira.



## MODOS ALTERNOS //

### ARCEE

**Función:** Guerrera

“Las apariencias siempre son engañosas”



**DODGE VIPER**

# CAÍDA Y RENACIMIENTO

Flotaba en el espacio, sin rumbo fijo, como si fuera un pedazo de basura que alguien hubiera abandonado a su suerte.

Apenas estaba consciente. Grandes abolladuras en el metal de su blanca y gris superficie relucían sobre él como marcas indelebles. Eran los únicos signos de la batalla cruelmente perdida, de la derrota a manos de Optimus Prime en Ciudad Autobot.

Se sentía humillado.

¡Él era el más grande de todos los Decepticons! ¡El único! ¿Como era posible que semejante incoherencia, algo como aquello, le sucediera? ¡A Él! Justamente a él, que era el líder de todos.

No era justo.

Megatron gimió.

Su mente, invadida por un delirio febril, volvía una y otra vez al recuerdo de su vergonzosa caída. Veía a Prime alzarse por encima suyo majestuoso e imponente, pese a estar igual de herido. Otra vez sentía el durísimo golpe en su rostro y el dolor al precipitarse al vacío, donde como un muñeco desarticulado quedó tirado entre las ruinas del ataque. Luego, de viaje por el espacio estelar, a ese bufón odioso de



**GALVATRON**

**Función:** Líder Decepticon

“¡Mi poder lo es todo, derrotarme es absurdo!”

Starscream aprovechándose de lo sucedido. Cómo disponía de él, mortalmente dañado como estaba...

—Pobre Megatron —la voz del traidor resonaba en su cabeza—. Mucho me temo que ya no estas en condiciones de dirigir a nadie.

Recordó su rostro, cuando le decía esas palabras, junto con la sonrisa sarcástica que le dirigió y los ópticos brillándole de ansiedad. Cómo con sorna burla lo cargó entre sus brazos y lo llevó hasta la escotilla de la nave dispuesto a tirarlo al abismo sin final.

—¡Esperen! ¡Todavía funciona!— exclamó. Era un ruego desesperado de su parte, algo impensado en el antiguo líder Decepticon que siempre se jactaba de su insensibilidad ante todos. En realidad, nadie podría culparlo.

Suplicaba por su vida.

—¿Eso crees? —Starscream rió y lo soltó—. No opino lo mismo. El vacío se tragó sus gritos. La velocidad inercial lo arrastró a kilómetros de la nave, sin rumbo ni destino.

*"Starscream, maldito traidor", pensaba, "¡Pagaras lo que me has hecho! Te juro que esto es lo ultimo que tolero de tu parte".*

Apretó los puños, sintiendo rabia. Era una ira terrible que lo invadía por completo.

¡Todos pagarían esta asquerosa humillación! De ninguna manera iba a morir allí, congelado en el frío inmisericorde espacial, no. Se aferraría a la vida, cueste lo que cueste. ¡Forzaría a su Chispa a mantenerse dentro de su cuerpo, de ser necesario!

Viviría. Lo haría para vengarse, para hacerles conocer a sus rivales todo el dolor que él mismo sentía. Todo el odio.

—Juro que todos lo pagarán —murmuró.

Mientras una sonrisa de malevolencia infernal se dibujaba en su cara, Megatron no sabía que el Destino le tenía reservada una inmensa sorpresa. Sus deseos finalmente se volverían realidad.

Lento pero seguro, flotó hacia el planeta artificial gigante que muy paciente, lo aguardaba.

Una luz lo envolvió, casi cariñosamente, acogiéndolo en su seno. Y entonces, Unicron le habló...

\*\*\*

—Bienvenido, Megatron.

La voz resonó en el interior de su cerebro positronico. Era más bien como una pulsátil señal transmitida directamente a sus receptores internos. Megatron abrió los ojos y observó la figura del terrible planeta monstruo cerca del cual flotaba. La columna

de luz que lo rodeaba surgía de una abertura titánica ubicada en uno de sus polos.

—¿Quién dijo eso? —preguntó, sorprendido— ¿Quién esté ahí?

—Soy Unicron —proclamó la voz, con tono potente. Los circuitos internos de Megatron vibraron. Algo transmitía aquella misteriosa presencia que lo sobrecogía al máximo—. Te necesito —dijo—. Te he convocado aquí para un propósito.

—¡Nadie me convoca! —le espetó Megatron. Se sentía abrumado por el extraño ente que le hablaba.

Unicron lo sorprendió riéndose. Era una risa terrible que hubiera hecho temblar mundos enteros.

—Entonces me agrada ser el primero —dijo.

—¿Qué quieres de mí?

—Que destruyas la Matriz de los Autobots —fue la seca respuesta de Unicron—. Es la única cosa en el Cosmos que puede vencerme.

Megatron guardó silencio. Volvió a hablar un rato después y cuando lo hizo, fue para fanfarronear.

—Tus temores son infundados. Yo aplasté a Optimus Prime con mis propias manos y lo destruí junto con la Matriz.

—Sabes que eso no es cierto.

No hubo replica. Megatron, débil como estaba en extremo por sus heridas, no tenía ganas de contradecir a su misterioso interlocutor. Y más aun: no creía para nada que aquella charla estuviera sucediendo en el mundo real.

*"Es parte de mi delirio", pensó, "Es todo. Es una alucinación".*

*—No soy una alucinación —aseguró Unicron, leyendo su mente—. Yo soy real. Debes destruir la Matriz para mí. Ultra Magnus es quién la ha recibido. Debes acabar con él.*

*—Suponiendo que lo haga y que esto sea real, y no una ilusión —terció Megatron—, ¿qué ganaría yo? ¿Cuál es mi parte en todo este juego?*

*Se produjo un temblor en el planeta artificial, como un espasmo. Unicron resopló, evidentemente enojado.*

*—Tu forma de dirigirte hacia mí es muy cuestionable —dijo—. Pero no importa. Si aceptas mi propuesta, te proporcionaré un cuerpo nuevo y tropas las cuales comandar otra vez.*

*Aquello sonaba tentador. ¡Recuperarse totalmente y con nuevas fuerzas a su disposición! Podría volver y vengarse de todos, como lo deseaba. ¡Podía darle a ese cretino de Starscream su merecido!*

*—¿Qué dices? ¡Estoy esperando tu respuesta!*

*El tono imperioso de Unicron le molestó. Al volver a hablar con el ente desconocido,*

*el Decepticon exhibió otra vez su carácter insolente.*

*—Si acepto tu propuesta, entonces ¿seré tu esclavo?*

*—Así es.*

*—¡Jamás! Megatron no es esclavo de nadie. ¿Me oyes?*

*La columna de luz que lo envolvía cambió súbitamente de color, adquiriendo una tonalidad similar al rojo de la sangre. Megatron se sintió impulsado hacia la abertura planetaria, que como una boca ávida de comida, esperaba por devorarlo entero.*

*—Quizás me equivoqué —suspiró Unicron— Sigue tu rumbo, viajero. A lo mejor es el olvido lo que buscas.*

*—¡No! ¡Espera! ¡No! —le gritó, intentando por todos los medios evitar ese espantoso final. Se resistió, pero sus fuerzas estaban tan disminuidas que decidió rendirse.*

*—¡Lo haré, lo haré! ¡Acepto! ¡Haré lo que me pides!*

*—Excelente decisión.*

*La luz volvió a cambiar. Unicron comenzó con el proceso de reformación y actualización. Megatron flotaba ahora despacio, mientras sentía como era invadido por un hormigueo particular.*

*En ese momento, comprendió que en el haz luminoso viajaban billones de nano-maquinas, programadas para alterar hasta el más mínimo detalle de su fisonomía y circuitos.*

*Iba a cambiar para siempre.*

*Las micro-maquinas trabajaron velozmente; entraron en las moléculas de su cuerpo, reestructurándolo a un nuevo diseño. Mientras eso sucedía, la mente de Unicron también penetraba en la suya, invadiéndolo de imágenes jamás vistas, de otros recuerdos de cosas impensables.*

*Pantallazos de los viajes del ente por otros planetas: mundos enteros cegados por su hambre infinito, por su codiciosa avidez de destrucción.*

*El proceso culminó cuando su sistema interno de memoria fue reescrito. Su personalidad seguía siendo la misma, pero Unicron había decidido eliminar ciertos obstáculos singulares que, una vez extraídos, lo convertirían en un guerrero mucho más mejorado y agresivo.*

*—He aquí al ser más peligroso del Universo —anunció Unicron, satisfecho—. ¡He aquí a Galvatron!*

*Al escuchar aquél nombre sonrió torvamente. Su mejorada exoarmadura de color violeta y gris refulgía con todo su esplendor, junto con su enorme cañón de fisión naranja.*

*Estaba listo.*

\*\*\*

El salón de los Líderes Decepticons estaba lleno.

Parado en el centro de un atrio, Starscream los observaba a todos con una suficiencia asquerosa. Se preparaba para su momento máximo, el que había soñado toda su vida. El momento en que se convertiría en el Señor de los Decepticons.

—Que empiece la ceremonia —le dijo a Astrotrain.

Astrotrain asintió y se volvió hacia el resto de sus camaradas robots, hablando con autoridad.

—¡Y he aquí el nuevo líder! —dijo, levantando una corona dorada sobre la cabeza del otro—, ¡el poderoso Starscream!

No hubo aplausos, solo un silencio sepulcral. El resto de los presentes miraban la coronación con evidente desinterés y aburrimiento.

—Ejem —Starscream carraspeó, antes de comenzar con su discurso—. ¡Compañeros! ¡Camaradas! Como su supremo guía, yo...

Un súbito rumor de murmullos lo interrumpió. Observó hacia la concurrencia con curiosidad y vio cómo un grupo de desconocidos guerreros Decepticons entraban abriéndose paso, comandados por un robot de gran tamaño muy parecido a...

—No puede ser —Starscream retrocedió, espantado—. ¿Megatron? ¿Eres tú? ¿Qué haces interrumpiendo mi ceremonia de coronación?

—¿Coronación? —el líder del grupo se echó a reír a carcajadas—. Mas bien, parece una mala comedia en la que tú eres el protagonista, estúpido.

—¿Eh?

—Te lo explicare en términos sencillos —dijo y se convirtió rápidamente en un avanzado cañón láser, ante sus ojos—. ¡Muere!

Hubo un estallido de luz. Starscream intentó escapar, en vano. Envuelto en la energía del disparo, se desintegró con un estruendo terrible.

La corona dorada cayó al piso. Recuperando su forma de robot, el recién llegado procedió a aplastarla con su pesado pie.

—Muy bien —se dirigió hacia los presentes, amenazador—. ¿Algún otro ridículo quiere seguir sus pasos?

Nadie objetó nada. Solo un Decepticon se animó a hablar.

—¿Cuál es tu nombre? —le preguntó.

—Soy Galvatron.

Una mano se elevó en el aire. Soundwave.

—¡Larga vida a Galvatron!

Otras manos más se elevaron, hasta que todos las levantaron vitoreándolo con

entusiasmo.

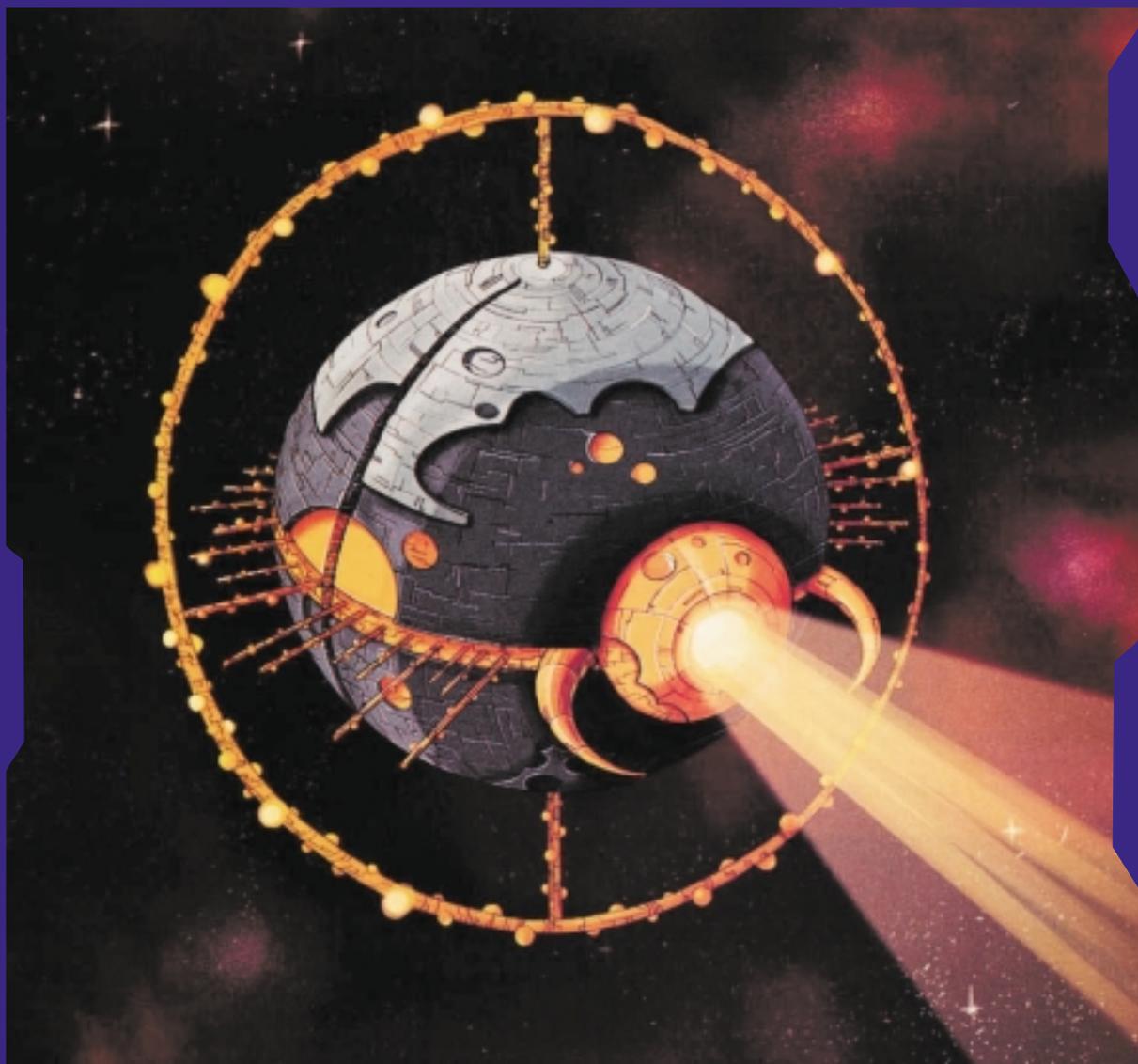
—¡Larga vida a Galvatron!

—¡Larga vida a Galvatron!

El Decepticon que antiguamente fuera Megatron y que ahora se hacía llamar Galvatron se permitió un momento de deleite contemplando cómo sus tropas lo saludaban, sumisas. Finalmente, dirigió su cañón de fisión al aire y disparó un rayo, mientras reía.

Era el renacimiento de su Imperio.

© 2007, Federico Hernán Bravo



**UNICRON**

# EL EJÉRCITO DE LOS COLOSOS

No fue una pelea justa ni fácil.

No fue derrotado por el enemigo, ni siquiera doblegado. Todo fue culpa de una fatalidad. De estar en el lugar inoportuno en el momento inadecuado.

Parecía que nada podría al fin detener a los poderosos Decepticons. Su gran líder Deszaras, el Emperador de la Destrucción, había obtenido la energía suficiente para poner de nuevo en marcha su ciudad espacial, con la que someterían planetas enteros, empezando por la Tierra. Pero Victory Saber y sus endemoniados Autobots se interpusieron. Siempre se interponían.

Daba igual lo desigualada que estuviera la batalla para ellos.

No se rindieron cuando tuvieron que enfrentarse a Monstructor, ni cuando hirieron de muerte a God Ginrai.

Ni siquiera se rindieron cuando él, Liokaiser, demostró ser el guerrero más poderoso del Universo, mostrándose por primera vez para vengar la muerte del noble Deathcobra a manos de los Autobots.

Pero los planes de conquista de Deszaras fracasaron. Encontraron el punto débil de su estación espacial —siempre hay uno, pensó Liokaiser— y la destruyeron hasta que sólo quedó de ella polvo cósmico. Y antes de eso, el propio Liokaiser fue derrotado por Victory Saber y lanzado al vacío del espacio.

Pero no fue una pelea justa ni fácil. Si no le hubieran lanzado contra la base del cañón de la estación, éste no le hubiera drenado la energía y aún seguiría luchando, en pie. Nunca se hubiera rendido, hubiera peleado hasta el último momento.



**Leozak**

**F u n c i ó n :**  
Comandante  
Adjunto de  
Asalto

Al menos eso era algo que había aprendido de sus enemigos.

Ya no había remedio al pasado, por supuesto. Por eso el que había sido el guerrero más poderoso del Universo vagaba a la deriva en el espacio, como un cascarón deshabitado.

Multitud de pensamientos le asaltaron en ese momento. Liokaiser era un Gestalt, un coloso formado por la combinación de seis poderosos Decepticons: Jaruga, Killbison, Drillhorn, Gayhawk, Hellbat y su comandante Leozak. Su mente era una amalgama de las mentes de sus seis miembros, pero aún conservaban su individualidad. Cada uno de ellos aún ocultaba secretos que no deseaba que fueran descubiertos por los otros.

Por ese motivo la mente de aquel gigante con cabeza de león estaba sumida en un océano de confusión. Miles de imágenes le asaltaban, imágenes que apenas lograba entender. No comprendía que pertenecían a la base de datos de cada uno de sus componentes, eran en esencia lo que una criatura orgánica hubiera llamado sus recuerdos. Recuerdos de crímenes, de traiciones, de guerras; también recuerdos de nobleza, lealtad y amistad, pero en mucha menor medida. Y mezclados con todos ellos, una sensación mayor que no desaparecía. Venganza. Venganza contra Victory Saber y todos los Autobots.

Y cuando ya parecía que la desconexión absoluta estaba próxima, el cuerpo metálico e inerte de Liokaiser empezó a adquirir aceleración, como si fuera llamado por algo o alguien, como si de repente ya no tuviera voluntad y sólo estuviera respondiendo a las órdenes de otro. Y en el fondo así era, pero de una manera mucho más terrenal y sencilla, pues se estaba acercando a la gravedad de un planeta al que no había llegado de forma casual.

Entró en su enrarecida atmósfera y empezó a adquirir calor hasta transformarse poco a poco en un bólido, un enorme proyectil. La tensión superficial fue de tanta magnitud que los seis componentes que formaban a Liokaiser se separaron y al hacerlo murió la nube de recuerdos sombríos que viajaba con ellos a la deriva. Ya sólo eran seis soldados derrotados, un escuadrón de élite de un ejército que ya no existía.

Cayeron como pesados meteoritos, algunos juntos, otros alejados, pero ninguno consciente de ello. A pesar de que el impacto no supuso mella alguna en sus cuerpos —estaban diseñados para aguantar cosas peores— las heridas de la batalla contra los Autobots eran demasiado severas para ser ignoradas.

Permanecieron en el suelo arenoso de ese planeta, inertes, mucho tiempo. Al fin, sólo uno de ellos reunió fuerzas suficientes para intentar levantarse.

Pero para cuando Leozak logró ponerse apenas de rodillas, notó, antes de sufrir un nuevo cortocircuito, que un ejército de colosos con enormes siluetas recortadas por el polvo del desierto se dirigía hacia donde él estaba.

Para cuando volvió en sí notó que estaba en el interior de un monumento de proporciones no menos titánicas. Miró a su alrededor y concluyó que si se parecía a algo era a las pirámides que los humanos tenían en la Tierra, en el continente africano, pero sometidas a una escala mucho mayor, grande incluso para él mismo.

Se incorporó y notó que había sido depositado en un nicho de autorreparación, de una tecnología tan avanzada que no había siquiera oído hablar antes de ella. Junto a él estaban sus cinco subordinados, recuperándose también en esos momentos.

Una vez se levantaron, los cinco Decepticons miraron a su líder como buscando una explicación.

—Formación de batalla, soldados —se limitó a decir con su voz grave.

Los tres Decepticons de menor rango se pusieron a la vanguardia en lo que los tres Decepticons de mayor rango se pusieron en la retaguardia. Acto seguido se transformaron: Jaruga, Drillhorn y Killbison en un buggy acorazado del desierto, un taladro con orugas y un tanque de defensa antiaérea respectivamente. Gayhawk, Hellbat y Leozak se transformaron, a su vez, en tres aviones: un MiG-29 Fulcrum, un JAS 39 Gripen y un F-14 Tomcat. Una vez preparados para el combate, avanzaron por un enorme pasillo oscuro que se abría ante ellos.

No tuvieron que avanzar mucho cuando se encontraron frente a una sala que hacía empedqueñecer a la majestuosa sala del trono de su anterior líder, Deszaras. Era tan grande que ni situados sobre su mismo centro podían alcanzar a ver el fondo de la misma. Se transformaron y esperaron con calma, sabiendo que no les tocaba a ellos actuar.

Poco después, de las tinieblas de la sala, surgió una criatura de auténtica pesadilla.

Era orgánica, pero tan grande como ciudades terrestres enteras, y al mismo tiempo transmitía una sensación ineludible de carecer por completo de alma en todos los sentidos. El aura de maldad que desprendía era casi palpable. Sus manos eran largas y huesudas, capaces de aplastar edificios, y poseía tres rostros deformes que se iban alternando. El resto de su cuerpo permanecía oculto bajo una túnica capaz de provocar un eclipse sobre un satélite. Pero sólo cuando le escucharon hablar fue cuando los Decepticons comprendieron que eran como hormigas intentando hacer frente a los dioses.

—Podéis relajaros —dijo con una voz que hacía retumbar las lejanas paredes—. No tengo intención de destruirlos si sois razonables.

—¿Quién eres tú? —preguntó Leozak con cierta insolencia.

—Mi nombre es V-Jiger, pequeño Decepticon. Os he estado observando durante siglos, a vosotros, a los Autobots y a vuestra eterna y aburrida guerra sin final.

—Hubiera acabado ya mismo de no ser por la fatalidad del destino —dijo Leozak,

y los demás asintieron con la cabeza.

—Necios —dijo V-Jiger agitando una mano y provocando una corriente que los barrió del suelo como motas de polvo—. Seguíis sin aceptar vuestras debilidades, las mismas que os han llevado a la derrota. La arrogancia tal vez sea la más fuerte de ellas.

—Si tanto nos desdeñas, ¿por qué nos has rescatado y reparado? —preguntó Drillhorn, que en otras circunstancias habría callado y dejado hablar a su líder. Pero ya no había ejército, y por tanto la jerarquía de mando militar estaba en entredicho.

—Podéis ser muy poderosos si lo deseáis, pero aún tenéis que aprender a conoceros a vosotros mismos. Os he convocado porque he seguido de cerca vuestra derrota, vuestro último intento por exterminar a los Autobots, que como todos los anteriores ha resultado ser un tremendo fracaso. Al fin he decidido mostrarme a vosotros como el nuevo dirigente de los Decepticons.

—¿Qué te hace pensar que te seguiremos de buen grado?

—No seréis los primeros en hacerlo. Guerreros de un pasado más glorioso ya están en mis filas.

Los seis Decepticons escucharon con calma al misterioso alienígena.

—Mi raza, pequeños robots, carecía de clases y jerarquías. No éramos como una mente colmena, pero sí éramos una única mente. Sin embargo, en un pasado tan lejano que ni vuestros patéticos creadores, los Quintessons, aún habían empezado a agitar sus tentáculos por la galaxia, nuestro mundo fue destruido y nuestra especie reducida a tres individuos.

—¿Quién os atacó, y por qué?

—Todos nos atacaron. Nos temían. Temían nuestro avance imparable, y nuestra sed de poder y control absoluto. Por eso fueron a por nosotros, y entendemos que lo hicieran, nosotros hubiéramos hecho lo mismo de estar en su lugar. Sin embargo aquel ataque nos transformó en unos supervivientes. Comprendiendo que debíamos estar unidos si es que queríamos subsistir, usamos nuestros conocimientos de ingeniería genética para convertirnos en un solo ser. En un Gestalt, lo llamaríais vosotros.

—Nosotros, sin embargo, podemos separarnos —apuntó Hellbat, de manera inoportuna.

—Esa es la clave de vuestra derrota, Decepticons. A lo largo de los siglos habéis tenido en vuestro ejército algunos de los seres más poderosos que han existido jamás, pero no habéis sabido aprovecharlos. No sois una sola mente, y puede que nunca lo seáis. Pero debéis ser como uno si pretendéis destruir al enemigo. Nosotros mismos tuvimos que aprender a serlo, y no fue fácil. En cierto modo es muy parecido a la muerte, porque ya nunca habrá marcha atrás. Pero al tiempo implica el renacimiento

de una nueva mente más fuerte de lo que serían las otras por separado.

»Eso es lo que os ofrecemos, Decepticons. Liokaiser sería un gran soldado en nuestras filas, el décimo de mis Grandes Generales, pero para eso debéis morir antes.

—¿Quiénes son los Grandes Generales? —preguntó Leozak, extrañado por el ofrecimiento.

—Guerreros Decepticons a los que, como vosotros, he convocado y reclutado. El primero de ellos en unirse a mis filas fue Devastator. Esta criatura era, como vosotros, resultado de la fusión de seis mentes individuales. Poseía ciertas dudas internas, pero su conversión a un solo ente fue sencilla, ya que siempre trabajaron en equipo. Ahora es mi Ingeniero General.

Mientras V-Jiger hablaba, una colosal figura aparecía a la derecha de los Decepticons. Le miraron y en efecto creyeron reconocer en él a Devastator, el mítico gigante que resultaba de la fusión de los Constructicons. Pero al mismo tiempo algo era distinto en él. Parecía, en verdad, ser un solo ser en todos los aspectos, no un patético monstruo torpe y lento. Su mano derecha poseía un taladro tan grande como para horadar montañas, y su mirada no reflejaba en lo más mínimo la estupidez que solía asociarse con esas moles robóticas. Si uno se fijaba bien podían aún distinguirse vagamente rasgos que evidenciaban que en el pasado fue la suma de varios, como sus pies, aún manteniendo la forma de excavadora y camión volquete, pero resultaba claro que había pasado a ser un conjunto único e indivisible. Una gran capa a sus hombros parecía corroborarlo de manera categórica.

—Devastator —continuó V-Jiger— fue sólo el primero de mis Generales. No tardaron en unirse a él Menasor, General de Inteligencia, el monstruo Abominus, la bestia Predaking y el gran dinosaurio Trypticon, Generales de Combate, Bruticus, General Estratega, Rey Poseidón, General de Agua, Black Zarak, General de Oscuridad, y Overlord, General en Jefe y líder absoluto de todos ellos.

A medida que V-Jiger hablaba, aquellos colosos fueron apareciendo desde los oscuros lados de sala al ser mencionados. El cambio efectuado en todos ellos era similar al operado en Devastator; si bien se podía distinguir lo que fueron en el pasado, habían pasado a convertirse en un ente único. Menasor aún poseía múltiples ruedas a lo largo de sus extremidades, Predaking sus enormes alas y su escudo con forma de cabeza de león, y así con todos ellos. Incluso los que habían sido ya en el pasado un solo ser, como Trypticon ú Overlord, parecían haber sufrido una drástica metamorfosis destinada a otorgarles un mayor control de sí mismos.

Leozak y los suyos estaban impresionados. Aquel ejército parecía ser capaz de aplastar mundos enteros en cuestión de minutos.

—De modo que ha llegado el momento de que os decidáis. Si aceptáis, seréis

Liokaiser, General de las Sombras, un título honroso dado vuestro sorprendente sigilo a pesar de vuestro tamaño, así como vuestra capacidad de volveros invisibles.

—¿Qué ocurriría si nos negáramos? —preguntó Leozak.

—No lo haréis. Pero antes debo probaros primero.

—Somos guerreros competentes y experimentados, no necesitamos pruebas.

—No es eso lo que voy a comprobar, Drillhorn, sino algo mucho más importante.

Si vais a ser uno solo, antes debéis permitir que los demás os conozcan tan bien como si fueran vosotros mismos.

En ese momento los seis Decepticons, que parecían insignificantes rodeados de figuras tan colosales, temblaron para sus adentros. Los secretos que trataban de guardar afloraron en sus mentes, y quisieron escapar de allí cuanto antes.

—Algo que no os dije —prosiguió V-Jiger— es que poseemos el poder de leer las mentes, incluso las vuestras. No será fácil uniros, pero hubo otros casos complicados, como el de los Terrorcons. Os daré la oportunidad de que empecéis vosotros.

Silencio. De repente los recién llegados se sintieron como si estuvieran siendo juzgados.

—Ya lo suponía —dijo V-Jiger con desagrado—. Seré yo quien empiece entonces con Killbison.

Al oír su nombre, el aludido giró su rostro y dio un paso atrás.

—Su lealtad es más que sorprendente, y le hace digno de ser la pierna derecha de Liokaiser. Pero lo que nunca ha dicho es que ese no es su verdadero nombre. Para pasar a ser un soldado de élite de Deszaras, se hizo pasar por un guerrero que llevaba siglos muerto.

Todos sus compañeros le miraron incrédulos. Nunca hubieran esperado algo así. Pero no se doblegaron fácilmente.

—Kill ha demostrado ser un gran soldado todos estos años y se ha ganado sobradamente su puesto —sentenció Leozak—. ¿Eso es lo mejor que tienes?

—Con él he terminado. Pero no con Jaruga, ni con Drillhorn —ambos se miraron, comprendiendo lo que iba a suceder—. Porque ellos conspiraron para robarte el puesto de líder, el segundo para ocuparlo, el primero para convertirse en subcomandante. Trataron de ponerte en evidencia en numerosas ocasiones, e incluso de abandonarte en mitad del combate con los Autobots.

En esa ocasión el rostro de Leozak no era tan sereno como en el caso anterior. Apretó los puños con rabia, sobre todo mirando a Drillhorn, su segundo al mando. Pero aun así logró serenarse.

Sorprendentemente, fue Killbison el que no lo hizo. Se lanzó contra Jaruga y lo tumbó de un puñetazo, mientras que de su pecho surgía su arma y apuntaba con ella

a Drillhorn.

—Siempre lo supe, comandante —dijo a Leozak, como buscando su aprobación—. Supe que en secreto ambicionaban su puesto.

—Kill, baja el arma —dijo Leozak después de un largo silencio.

—Pero comandante...

—He dicho que bajes el arma —ordenó con más vehemencia. Killbison hizo como le ordenaron, y Drillhorn suspiró tranquilo.

—¿Tienes algo más, o eso es todo?

—La escala va en aumento, poco a poco. El siguiente es Gayhawk.

—¿Qué tienes contra mí acaso? —dijo el propio Gayhawk, asustado—. ¡Nada! ¡No tienes nada! ¡Yo luché con tanta convicción por la causa Decepticon que fui incluso encarcelado por ello!

—Eso no es del todo cierto, y lo sabes —proclamó V-Jiger—. De hecho, no fuiste fundido ni separado de tu cuerpo porque delataste a todo tu escuadrón.

Las miradas nuevamente se clavaron en el nuevo aludido, pero hubo dos que lo hicieron con más fuerza que ninguna otra: las de Leozak y Hellbat.

—Tú has traicionado a tus propios compañeros de armas —dijo Leozak.

—Mis compañeros de escuadrón murieron por tu culpa, Hawk, y yo fui tan estúpido de organizar tu plan de fuga —añadió Hellbat.

Ambos Decepticons estaban flanqueando a Gayhawk, pero no se movieron. No les faltaban ganas de atacarle, pero sabían que aún no había sido su turno. Y lo que pudieran decir de ellos sería, seguramente, mucho peor.

—¿No hay peleas? ¿Riñas? ¿Luchas a muerte? Me agradáis y sorprendéis, Decepticons. Pero eso cambiará. Cambiará con el siguiente.

Leozak y Hellbat se miraron. Eternos rivales, se preguntaban quién de los dos tendría en dudoso honor de ser el más vil, ruin y rastrero. Siempre según su misterioso anfitrión.

—El siguiente es Leozak.

En otras circunstancias, Leozak se hubiera regocijado con la victoria moral. Pero presumir de ser sólo un poco menos ruin que tu enemigo era bajo incluso para un Decepticon.

Además, ya suponía sus delitos.

—Leozak, que no sólo pretendió derrocar a Deszaras a expensas de los demás, además tenía intención de abandonar a sus otros compañeros a su suerte, pensando en otros para su nuevo ejército.

Las dos miradas principales que se posaron sobre Leozak fueron las de Drillhorn y Jaruga, ya que habían estado sirviéndole desde hacía años. También había rencor

por haber sido reprochados hacía un momento por lo mismo que él pretendía hacer. Gayhawk también le miró con odio, dispuesto a atacarle.

Pero Killbison se interpuso. Se colocó frente a él y levantó los brazos.

—No pueden atacarle. ¡Él es nuestro líder, y eso ya ha pasado! ¡Todos hemos cometido errores!

—Es cierto, no pueden culparle por ello —dijo de repente Hellbat, intentando hacerse el amable por conveniencia.

Y todos le miraron.

Hellbat, el oportunista. El traidor. El que siempre urdía planes en las sombras. Que intentó derrocar a Leozak, igual que Drillhorn pero no una ni dos, sino decenas de veces. Que intentó obtener sus propios recursos para dejarles en caso de que fuera necesario. Que estableció pactos con otros Decepticons para abandonarles. Que mintió sobre sus intenciones al unirse al grupo desde un principio.

Hellbat, que había cometido prácticamente todos los delitos anteriores y aún faltaba por conocer el peor.

—Tienen razón, compañeros, no debemos pelear entre nosotros —dijo con su voz sibilina y su actitud condescendiente. Pero allí, en aquel lugar, ya no podía llevar máscaras.

V-Jiger comenzó a hablar.

—Finalmente, queda Hellbat. Su secreto es muy importante, porque concierne a la creación del propio Liokaiser.

—¿Qué quieres decir? —dijo impaciente Leozak.

—Durante la guerra contra Star Saber y los suyos, vosotros cinco —dijo señalando a todos menos a Hellbat— decidisteis que era mejor prescindir de Hellbat. Él se enteró.

—¿Cómo? —dijo Drillhorn.

—Soy un espía —terció Hellbat nervioso—, es mi trabajo, ¿entendéis? Pero...

—Supo que habíais llamado a otro para ocupar su lugar —siguió V-Jiger—. Hellbat le interceptó, discutió con él y le asesinó. Acto seguido os dijo que fue obra de los Autobots.

Hellbat miró a todas partes, como buscando una vía de escape.

—Pero yo no quería matarle, fue un accidente...

Leozak se giró. Muy lentamente. Como si de repente fuera alguien distinto.

—¿Tú mataste a Deathcobra? —dijo con profundo odio—. ¿Tú mataste a mi mejor amigo?

—Escucha Leo, fue una desdichada...

Leozak no le dejó acabar. De su pecho emergió su arma y se convirtió en un león que se lanzó sobre Hellbat, mordiendo su brazo hasta dejárselo inservible. Hellbat trató

de defenderse, pero era incapaz de hacerlo.

Los demás Decepticons miraron con desprecio a Hellbat. Nadie hizo nada por ayudarlo, pero tampoco nadie se metió en la pelea. Aquello, sabían, era privilegio exclusivo de su comandante.

—Debería matarte por esto —dijo agarrándole del cuello y apretando—. En cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, lo habría hecho sin pensármelo dos veces. Pero ahora sólo pienso en lo que Cobra hubiera deseado. Y él hubiera preferido que aplastáramos a los Autobots antes que llevar a cabo una venganza estéril. Él era un verdadero soldado. No como tú, Hellbat —acabó lanzándole contra el suelo con fuerza. Los demás Decepticons se acercaron hacia su posición.

El león se transformó en un arma en lo que iba a parar a la mano de Leozak. El primero que le toque desobedecerá una orden directa —dijo cañón en alto. V-Jiger sonrió.

—Sois más fuertes de lo que esperaba. Estoy satisfecho.

—Nos une un odio común —terció Leozak—. ¿Puede entonces empezar tu proceso?

—Llevará tiempo, mi pequeño soldado. Llevará tiempo.

El proceso, en efecto, no fue lento ni fácil. Aquello sólo fue el principio. Los seis antiguos soldados de élite aprendieron a convivir, a ser uno solo, a pensar como uno solo. El odio de uno era el odio de todos. Los crímenes de uno eran los de todos, pero también los méritos. Pasaron muchos años de esta manera, hasta que un día V-Jiger les ordenó que se transformaran en Liokaiser. Nunca volvieron a separarse después de ese día.

El resto fue un proceso más físico que mental. Las conexiones se modificaron para convertirse en juntas, y los detalles desaparecieron. El taladro de Drillhorn, que formaba parte de la pierna izquierda de Liokaiser, se desvaneció, como un apéndice Darwiniano que no fuera a usarse nunca más. Del mismo modo, otros detalles murieron, pero quedaron algunos vestigios: los alerones traseros de los antebrazos, las alas y el morro del escudo central, las ruedas de la cadera, las orugas de los pies.

Liokaiser era un nuevo ser, completo y listo para acabar con los Autobots. Y así compareció ante su nuevo amo.

—Ahora que eres uno de mis Generales, tengo una misión para ti, Liokaiser. Ha llegado el momento de mostrarnos a los Autobots. Overlord, Abominus y Menasor atacarán el planeta Feminia para llamar la atención de Victory Saber, y allí lucharemos con él para reducirle. ¿Tienes algo que decir?

Liokaiser calló por un momento. Él, que ya era sumamente eficiente cuando era un Gestalt, él, que había llegado a ser el más poderoso Decepticon existente jamás, había alcanzado cotas de eficiencia aterradoras. Su enorme rostro leonado sin boca

miró a V-Jiger, y se dispuso a hablar.

—Mi señor, tengo una idea mejor.

V-Jiger escuchó con calma, deseando sorprenderse.

—Destruyamos el planeta. Por completo. Será una letal tarjeta de presentación. Me encargaré de que Victory Saber no pueda salir de allí. Me volveré invisible y cuando trate de escapar, se lo impediré.

—Moriréis ambos en ese caso, Liokaiser.

Liokaiser calló una vez más antes de pensar una respuesta adecuada.

—Yo ya he muerto, mi señor.

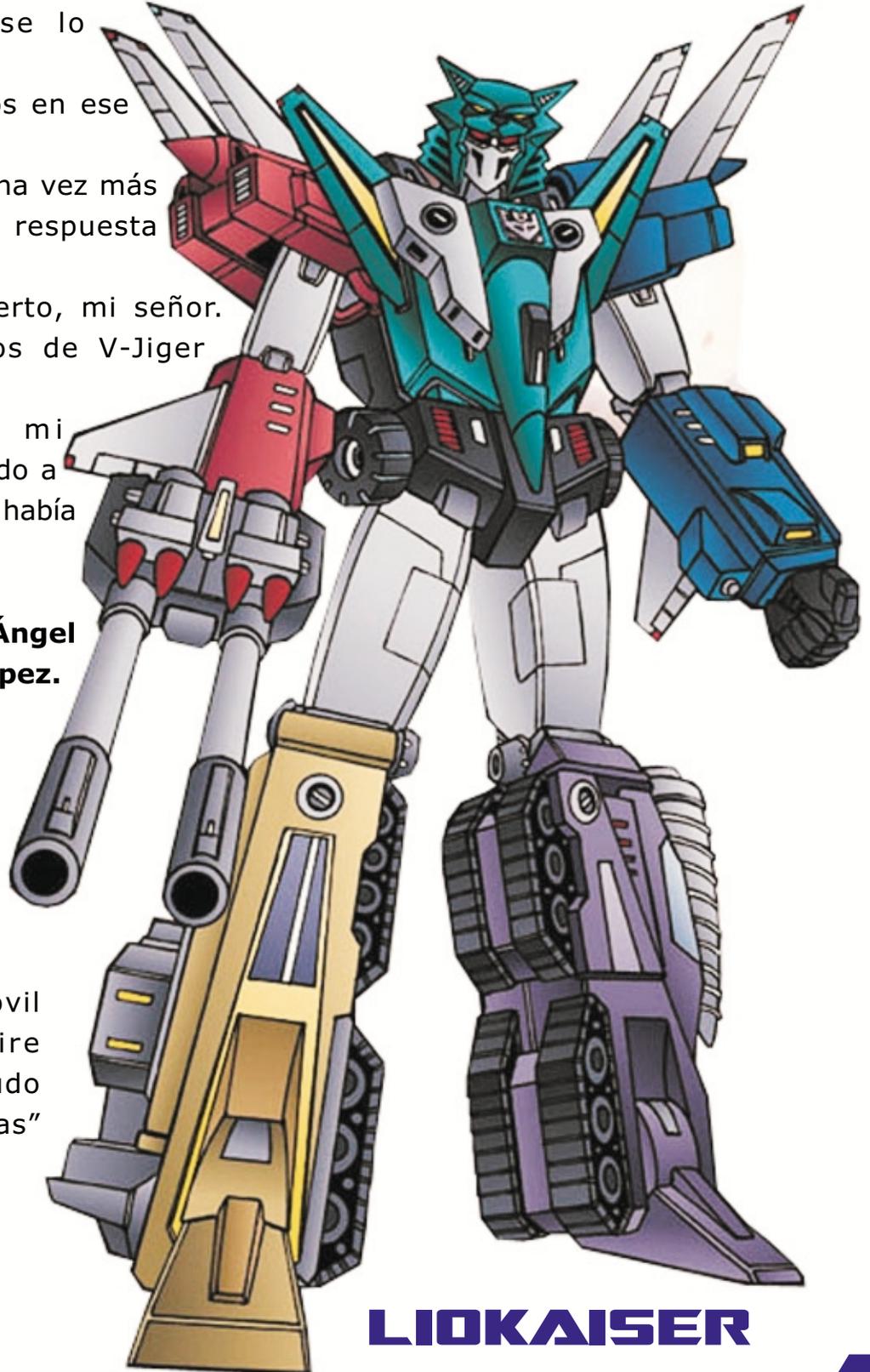
Los tres rostros de V-Jiger sonrieron.

—Excelente, mi soldado —dijo volviendo a las sombras de las que había salido—. Excelente.

© 2007, Miguel Ángel López.

## **LIOKAISER**

**Función:** Unidad móvil de batalla tierra-aire  
"El Universo es el mudo testigo de mis victorias"



**LIOKAISER**

# EL SANADOR

Arriba, el cielo estaba encendido. Era hermoso y parecía lleno de fuego. Bajando la mirada, había restos de paredes intentado permanecer erguidas, con signos de haber estado en llamas, y a poca distancia, el desierto reclamaba eso que antes le pertenecía y el hombre, en su eterna arrogancia, le fue quitando poco a poco.

—¿Por qué lo haces?

El joven guerrero miro el volante, el tablero de control y la radio, nada parecía fuera de lo común, pero la ambulancia le estaba hablando.

—¿Estás consciente de lo que estas a punto de hacer? Son de tu misma especie.

Miro hacia atrás para cerciorarse donde estaban los explosivos y si había alguien jugándole una absurda broma. Afuera, el calor era insoportable y los pocos soldados de ronda luchaban por no desmayarse.

—Lo lamento, no puedo dejar que lo hagas.

El joven guerrero tenía una misión por cumplir y en ningún momento se le cruzó por la cabeza la idea de bajarse del vehículo.

—Si estás buscando un micrófono, o algo similar, no lo encontrarás.

—¿Es esto parte de una prueba? —pregunto finalmente el joven guerrero, sin saber hacia dónde dirigir la mirada exactamente.

—Soy un cyberorganismo al servicio de la paz y el entendimiento.

—¿Trabajas para ellos, verdad?

—Sí, quieren evitar que mueran inocentes.



**RATCHET**

**Función:** Médico

“Cuando  
tú lo  
rompes,  
yo lo reparo”

—Ellos se especializan en eso, han aniquilado a muchas familias.

—Tengo un reporte de bajas, pero nada sobre figuras civiles, debes estar confundido.

—Los confundidos son ustedes... Que hablan sobre defender sus fronteras i pero mi casa está muy lejos de sus fronteras!

—¿Fronteras?

—¡Tu hogar, maldito! Donde viven los perros carniceros que invaden nuestras tierras sagradas.

—Oh, ya veo... Bueno, mi hogar está muy lejos del de los soldados que ahora sirvo y del tuyo... —el tono metálico de la voz se altero, sonaba casi humano— en realidad, ya no existe más.

—Fue invadido.

—No... fue destruido.

—¿Mataste a tu propia tierra?

—No, lo destruimos tratando de salvarlo.

—Eso no tiene sentido.

—No, supongo que no.

El silencio duró apenas unos minutos, pero pareció infinito.

—Y ahora te estás preparando para destruir un nuevo mundo.

—¡Intento salvarlos!

—¿A quienes?

—¡A ustedes!

—¿Y por qué no aniquilas a esos malditos perros asesinos?

—Ellos quieren lo mejor para ustedes.

—Tú realmente no sabes quienes son "ellos", quienes son "ustedes".

El cyberorganismo, devenido en ambulancia, notó un incremento de agitación y aceleración en los latidos del joven. Estaba a punto de advertírselo, pero el guerrero no había terminado de hablar.

—¡Eres más ignorante que tus amos! ¡Tú no sabes nada!

—Pues explícame.

El joven guerrero sonrío.

—No, explícamelo tu primero.

—¿A qué te refieres?

—¿Cómo destruiste tu mundo?

—Yo no lo destruí.

—Entonces... ¿Cómo dejaste que ocurriera?

Silencio otra vez, dentro y fuera del vehículo. Todo parecía en calma, hasta la próxima batalla.

—La guerra fue inevitable, nuestro líder lo intento todo... Lo sé porque estuve a su lado todo el tiempo que pude.

—¿Lo respetabas?

—¿A Optimus? ¡Por supuesto!

—Tu voz suena distinta... Te cuesta hablar de él ¿verdad?

—Eran mis camaradas, yo... Perteneceía... Yo...

—Luchaste por defender lo tuyo.

—Debía hacerse ¡y lo hice! los Decepticons arrasaban con todo a su paso, sometían a toda forma de vida bajo su despótica voluntad.

—Conocías a tus enemigos... ¿Los respetabas?

—¿Respetarlos? ¡No sabes lo que dices! A ellos nunca les importamos, sólo querían conquistar, les daba lo mismo nuestra...

—¿Civilización? —interrumpió el joven guerrero.

—Sí...

—Protegiste a los tuyos.

—Lo hice —el sonido fue algo extraño, pero al joven le pareció como un suspiro— y fallé, sabes en mi planeta era un guerrero...

—Como yo...

—Pero también un sanador, si algo se rompía yo lo arreglaba... Y... Pensé que quizás podía arreglar las cosas al lado de Optimus.

—Si alguien hubiese intentado detener tu lucha ¿lo hubieses oído?

—No lo sé, no lo creo, aún hoy en el centro de mi pecho...

—¿Dónde esta tu pecho? ¡Las ambulancias no tienen pecho!

—¡Jajajaja!

Ambas formas de vida rieron un par de minutos que parecieron eternos, quizás todo podía arreglarse.

—El planeta quedó muerto, sin energía vital, y en un intento desesperado por recuperar algo de esa energía, Optimus organizó una expedición en busca de nuevos mundos.

—Para conquistar y destruir.

—No, ese era el plan de Megatron ¡puedes dejar de interrumpirme!

—Perdón.

—Subimos al Arca.

—¡Ah, cristianos! ahora comprendo todo.

La ambulancia permaneció en silencio y el joven guerrero entendió esa muda queja.

—Perdón, no lo vuelvo a hacer.

—Era una gran nave, pero terminó estrellándose contra tu planeta, sólo yo sobreviví —la voz metálica continuo titubeando, se oía cada vez mas humana—. Registre, con ayuda del Arca, formas vitales y erróneamente di por sentado que los objetos mecánicos de desplazamiento individual eran la forma de vida imperante.

—No comprendo mucho de lo que me estas diciendo.

—Puedo camuflar mi aspecto y copié la apariencia de un vehículo —su voz recupero el timbre metálico.

—Ah.

—Vagué un tiempo sin rumbo, hasta que fui interceptado por el Teniente Furman, de las Fuerzas Armadas de Norteamérica.

—¡Un perro asesino!

—Me tuvo bajo su custodia y me puso al tanto de los detalles de tu mundo.

—¿Qué puede saber él de mi mundo? —el ritmo cardiovascular del joven volvió a acelerarse, el cyberorganismo intentó buscar un tono relajante en sus palabras.

—Es un padre de familia y ama a sus hijos.

—Y yo soy un hijo sin padre y mi madre apenas vive, gracias a las heroicas incursiones de tus amigos... ¡Perros, perros, perros!

El joven guerrero intentaba inútilmente contener sus lágrimas y el organismo de Cybertron, devenido en ambulancia, comprendió el significado de ese mudo lamento.

—¿Cuántos años tienes?

—Catorce.

El vehículo destrabó sus puertas.

—Vete, no tienes que poner fin a tu vida, tienes alternativas.

—¡Tengo una cruzada que cumplir! ¡Con mi gente! ¡Con Alá!

El joven guerrero no lo dudó ni un instante, y acompañado por una oración en voz baja, pisó el acelerador con toda la fuerza de su voluntad. Entonces vinieron los destellos y los gritos, dentro y fuera del vehículo. En cuestión de segundos, la confusión rodeó a un niño en plena pubertad y a una ambulancia parlante. Mientras el cielo y la tierra seguían en llamas.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto el joven guerrero con el rostro manchado por lágrimas secas.

—Soy una unidad de infiltración, apta para la localización de amenazas móviles.

—¿Qué?

—Gente como tú.

—Oh... Pero... ¿Dónde estamos?

—Lejos de la zona de conflicto, hice uso de mis capacidades de transformación y tomé la mayor distancia posible del campo de batalla.

—Puedes cambiar tu forma a voluntad... Ahora comprendo lo que me decías antes.

—Exacto, este es mi verdadero aspecto.

—Eres... Un gigante —la voz del joven guerrero sonó por un instante como la de un niño, o eso creyó el cyberorganismo, que escuchó un par de veces a infantes humanos.

—No lo creas, en mi mundo no era considerado de grandes proporciones.

—Pero tu mundo ya no existe.

—Es verdad, pero el tuyo sí.

—Mi mundo corre el riesgo de desaparecer —la voz de joven perdió el tono infantil y recuperó la intensidad— y pienso seguir luchado para que eso no ocurra.

—Si es en lo que realmente crees.

—¿No volverás a intentar detenerme gigante?

—Mis camaradas me llamaban Ratchet... Y cuando luché al lado de ellos, nadie intervino en mi elección... creo que sería una gran falla de mi parte interferir en las decisiones de otros seres.

—Mujâhid... —el joven se acercó lentamente al pie del gigante— mi nombre es Mujâhid.

—Ha sido un honor conocerte, eres una noble forma de vida... —el que sus camaradas llamaban Ratchet levantó la mirada hacia el firmamento en llamas, salpicado por nubes blancas y tonos azulados— Compleja y fascinante, quizás demasiado compleja para mi.

—¿Te vas?

—Sí, en algún rincón de este universo debe existir un lugar donde no haya necesidad de clasificar a las especies según aliados y enemigos.

—No lo creo, pero le contaré a Alá de ti.

—Adiós Mujâhid, ojalá encuentres un camino a la altura de tu dignidad.

El gigante sanador partió, y un niño, curtido por guerras e injusticias, oraba para que tan noble criatura hallara algo, que en estas tierras castigadas sigue sonando imposible.

© 2007, Gabriel Álvarez

# EN EL PRÓXIMO TOMO....



Estrenaremos el primer capítulo del Universo Transfix: Terminus Est, en el que empezaremos a conocer el origen de este mundo alternativo.



Leeremos un peculiar relato que tendrá por protagonista a Néstor, un chico que sufrirá la transformación más increíble que se pueda imaginar.



La batalla entre los Autobots y los Decepticons tendrá un nuevo escenario temporal: la época de la Segunda Guerra Mundial.



Veremos el nacimiento de uno de los Transformers más astutos y peligrosos que han existido jamás.



Nos adentraremos en el entorno de la película de acción real para comprobar la llegada de los Stunticons a la Tierra.



Megatron y Spider-Man vuelven a encontrarse para librar esta vez la batalla definitiva.



## DISCLAIMER //

Esta antología no ha sido concebida con fines comerciales. No ha sido motivada por el ánimo de lucro en ningún sentido. La única intención de los editores, escritores e ilustradores es realizar un homenaje literario a la serie Transformers y sus sucesoras. Los derechos de los personajes son propiedad de Hasbro, del mismo modo que las imágenes empleadas. En los casos en que se ha creado un nuevo personaje o empleado una ilustración distinta de las oficiales, se ha hecho siempre con el máximo respeto y profesionalidad, además de la intención de realizar un aporte creativo y de calidad a la serie. Dichos personajes y tramas son de uso libre por todo aquel que desee emplearlos pero respetando la autoría de aquel que los concibió por primera vez. Asimismo, en caso de que se haga mención de dichos personajes, se agradecería la presencia de un link a Transfiguraciones y el envío de un correo electrónico a [transfix2007@gmail.com](mailto:transfix2007@gmail.com) para comunicarlo, ya que siempre es un placer para los autores saber que su trabajo ha sido considerado por otros digno de mención.

# ÍNDICE

Editorial.....01

## LOS VIEJOS GUERREROS NUNCA MUEREN

Miguel Ángel López.....05

## LA DAMA ESCARLATA

Sergio Alejandro Amira.....21

## CAÍDA Y RENACIMIENTO

Federico Hernán Bravo.....29

## EL EJÉRCITO DE LOS COLOSOS

Miguel Ángel López.....35

## EL SANADOR

Gabriel Álvarez.....45